

Capítulo 13-El mundo inocente.

Introducción

El Capítulo 10 es el capítulo más corto del texto, y nuestro capítulo actual es el más largo, casi tres veces el tamaño del otro. Su tema principal es la culpa, que ya nos es familiar por los movimientos anteriores en nuestro viaje sinfónico, y contiene una discusión en profundidad de esta arma principal en la estrategia del ego para evitar que la mente elija el Amor de Dios. Comenzamos, sin embargo, repasando el principio de la Expiación, mirando una serie de referencias que nos muestran a qué está respondiendo el ego. Recordemos nuestra discusión anterior sobre la Grosse Fuge de Beethoven y cómo una de las características de una fuga es que divide un tema en partes y luego las combina en un todo integrado. Usando esto como modelo, dividiré el tema del principio de Expiación en dos partes, y el entrelazado de estos dos formará el telón de fondo del capítulo. Esta primera parte es la respuesta del Espíritu Santo a la diminuta y alocada idea: el sueño de la separación que nunca sucedió.

Expiación - I

En un pasaje sobre la naturaleza ilusoria del tiempo lineal – pasado, presente y futuro – Jesús comenta: (VI.4:4-5) Pero no te engañes y luego creas que realmente lo son. Pues creer que la realidad es lo que a ti te gustaría que fuese, de acuerdo con el uso que haces de ella, es ilusorio. Este es nuestro principio de Expiación. Nosotros podemos hacer realidad – en este caso la linealidad del tiempo – lo que soñamos que es, pero esto es simplemente un pensamiento delirante. No tiene ningún efecto sobre la verdad que permanece inmutable más allá del contenido ilusorio del sueño de la separación. Y así es también con el amor:

(VI.13:1-3) Sin embargo, las leyes del amor no se suspenden porque tú estés dormido. Las has obedecidos en todas tus pesadillas, y no has dejado de dar, pues no estabas solo. Aun en tus sueños Cristo te ha protegido, asegurándose de que el mundo real se encuentre ahí para ti cuando despiertes.

Nuevamente, nuestros sueños no tienen efecto sobre la realidad. La unidad

del amor no cambia simplemente porque soñemos con la separación y el

amor especial; los pensamientos de dualidad no afectan ni pueden afectar el

Pensamiento de no-dualidad. A lo largo de la pesadilla del ego, el recuerdo

de nuestro Ser (Cristo) permanece dentro de nosotros, como una Presencia

que nos llama a despertar, primero al mundo real y luego al Cielo del amor

perfecto y de la vida eterna.

(VI.13:5-9) El Hijo de Dios sigue siendo tan amoroso como su Padre. Al tener una relación de con-tinuidad con su Padre, no tiene un pasado separado de Él. Por eso es por lo que jamás ha cesado de ser el testigo de su Padre, ni el suyo propio. Aunque dormía, la visión de Cristo nunca los abandonó. Y ésta es la razón de que pueda convocar a los testigos que le muestran que él nunca estuvo dormido.

Vivimos solo en el presente eterno que es Dios y Su Hijo, unidos para siempre en Su Amor. Los sueños de la culpa y el juicio pueden nublar nuestra vista, pero la visión de Cristo nos recuerda que siempre podemos

elegir nuevamente: ver a nuestros hermanos como testigos del perdón o del

odio, la unidad o la separación.

(VII.17:6-7) Tú no moras aquí, sino en la eternidad. Eres un viajero únicamente en sueños, mientras permaneces a salvo en tu hogar.

El sueño de nuestra vida es simplemente una ilusión, permanecemos tal

como Dios nos creó y donde Él nos creó: como parte de Su amorosa Voluntad en el Cielo. Hablando de la creación, Jesús dice:

(VIII.3:3-5) La separación no ha interrumpido la creación. La creación no puede ser interrumpida. La separación no es más que una formulación equivocada de la realidad que no tiene consecuencia

alguna.

Esta es la respuesta del Espíritu Santo a la pregunta del Hijo sobre la separación, "¿Qué piensas de esta diminuta y alocada idea?": "No es nada y no tuvo ningún efecto, no merece ningún comentario. La separación es nada más que 'una formulación equivocada de la realidad'". Al no tener sustancia en sí misma, solo podemos responder a la separación con una sonrisa amable que dice: "¿Qué separación? 'No se ha perdido ni una sola nota del himno Celestial'".

(XI.5:3-6) La Voluntad de Dios se hace sean cuales fueren tus reacciones a la voz del Espíritu Santo, sea cual fuere la voz que elijas escuchar y sea cuales fueren los extraños pensamientos que te asalten.

Encontrarás la paz en la que Dios te ha establecido porque Él no cambia de parecer. Él es tan estable como la paz en la que moras, la cual el Espíritu Santo te recuerda.

Independientemente de nuestra elección inevitable por el ego, inevitable porque estamos muy atraídos por la existencia individual que creemos que es la nuestra, ésta no tiene ningún efecto sobre la realidad. La Voluntad de Dios, que es nuestra perfecta unidad con Él, nunca ha cambiado, ni nunca podría. Este es el pensamiento feliz de la Expiación (el Espíritu Santo) que nos recuerda la paz que nunca abandonamos y el amor que siempre hemos sido.

(XI.8:1) El Nexo de Comunicación que Dios Mismo colocó dentro de ti y que une tu mente con la Suya, no puede ser destruido.

El vínculo con Dios a través del Espíritu Santo no puede ser alterado. Cualesquiera que sean nuestras creencias, cualesquiera que sean las formulaciones equivocadas de la realidad a las que nos entreguemos, no

tienen efecto sobre la unidad que permanece perfectamente una. El Hijo de

Dios es para siempre el Hijo de Dios, el Hecho feliz garantizado por el principio de Expiación: las Ideas no abandonan Su Fuente.

(XI.8:2-3) Tal vez creas que ése es tu deseo, y esa creencia ciertamente

interfiere en la profunda paz en la que se conoce la dulce y constante comunicación que Dios desea mantener contigo.

Nuestra única esperanza es que no haya esperanza en el mundo. La verdadera esperanza, basada en la certeza de Dios, es que a pesar de nuestras andanzas en el lejano país de la ilusión – creyendo en los locos

sueños de odio, culpa y miedo del ego, y en un mundo que imita esa locura

– nuestro nexo con Dios a través de Su Recuerdo (el Espíritu Santo) permanece intacto e inalterado en nuestras mentes engañadas.

(XI.9:3-7) La salvación es algo tan seguro como Dios. La certeza de Dios es suficiente. Date cuenta de que incluso la más tenebrosa pesadilla que perturba la mente del Hijo durmiente de Dios no tiene poder alguno sobre él. Él aprenderá la lección del despertar. Dios vela por él y la luz le rodea.

Ten en cuenta con qué frecuencia Jesús nos tranquiliza con la verdad de la

Expiación, la cual nos cuida suavemente de nuestras culpables pesadillas,

recordándonos que los sueños no son la realidad y que permanecemos a

salvo en la certeza de Dios. ¿Cómo no podríamos despertar a la alegría con

tanta luz amorosa a nuestro alrededor, "dentro y fuera por igual", para citar

uno de los poemas conmovedores de Helen? ("Los Regalos de Dios", The

Gifts of God, p. 73)

(XI.10:1-3) ¿Cómo iba a poder el Hijo de Dios perderse en sueños, cuando Dios ha puesto dentro de él la jubilosa llamada a despertar y a ser feliz? Él no se puede separar de lo que está en él. Su sueño no podrá

resistir la llamada a despertar.

Somos libres de creer lo que queramos, pero esa creencia no tiene efecto

sobre la verdad. El Espíritu Santo, Quién es la Llamada de Dios a despertar,
siempre está ahí para atraernos suave y constantemente hacia Él.
(XI.10:4-7) Es tan seguro que la misión de la redención se cumplirá
como que la creación permanecerá inmutable por toda la eternidad.
No tienes que saber que el Cielo es tuyo para que lo sea. Lo es. Mas
para saberlo, tienes que aceptar que la Voluntad de Dios es tu
voluntad.
Este, por supuesto, es el quid de la cuestión. Para recordar Quiénes
somos
como la inmutable creación de Dios, una extensión de Su Voluntad,
tenemos que cambiar nuestras mentes acerca de nuestra identidad,
cambiando al lamentable sustituto del ego por nuestro Ser y Su
gloriosa
realidad. Y ese es el miedo constante del ego: un día elegiremos en su
contra y recordaremos la paz de Dios y Su Amor. Este miedo establece
la
necesidad del ego de erigir arsenales de defensa para evitar que la
mente
tomadora de decisiones elija su redención.
Ahora ingresamos a la culpa, la cual es el comienzo de la saga llena de
odio, sufrimiento y muerte del ego.
Culpa: El corazón del sistema de
pensamiento del ego.
(I.1:3) La paz y la culpabilidad son conceptos antitéticos, y al Padre
sólo se le puede recordar estando en paz.
La paz y la culpa representan los dos sistemas de pensamiento
mutuamente
excluyentes que hemos visto muchas veces. La culpa es uno de los
pilares
del sistema de pensamiento de mentalidad-errada del ego, mientras
que la
paz es el resultado natural de elegir el Espíritu Santo. Si nosotros, el
tomador de decisiones que se ha identificado con el ego, estamos
temerosos
de experimentar la paz de Dios y nuestra verdadera Identidad, solo
necesitamos elegir la culpa porque "al Padre solo se le puede recordar
estando en paz". Si no estoy en paz, no recordaré cuál es la motivación
del
ego para nuestra elección de conflicto y dolor.

(I.1:4) El amor y la culpabilidad no pueden coexistir, y aceptar uno supone negar el otro.

Si tememos al amor, todo lo que necesitamos hacer es elegir estar separados

(la elección de la culpa) porque la separación y la existencia individual no

puede permanecer en presencia de la perfecta unidad del amor, más de lo

que puede en la presencia de la paz. En el Capítulo 23 leemos que "El recuerdo de Dios aflora en la mente que está serena" (T-23.I.1:1), que expresa la misma idea de suministrar el propósito del ego para mantener

nuestras mentes intranquilas con pensamientos de culpa, miedo y juicio.

(I.1:5) La culpabilidad te impide ver a Cristo, pues es la negación de la irreprochabilidad del Hijo de Dios.

El Hijo de Dios no tiene culpa porque no ha hecho nada; de hecho, no puede hacer nada ya que es perfectamente uno con su Fuente; no hay un yo

que pueda elegir contra Dios. La culpa, por otro lado, declara que el Hijo de

Dios es una entidad separada, la cual es una miserable pecadora, llena de

culpa y merecedora de castigo.

(I.2) En el extraño mundo que has fabricado el Hijo de Dios ha pecado. ¿Cómo, entonces, ibas a poder verlo? Al hacerlo invisible, surgió el mundo del castigo procedente de la tenebrosa nube de culpabilidad que

aceptaste, y que en tanta estima tienes. Pues la irreprochabilidad de Cristo es la prueba de que el ego jamás existió, ni jamás podrá existir. Sin culpabilidad, el ego no tiene vida, y el Hijo de Dios está libre de toda culpa.

Mientras nos identifiquemos con el ego – un yo separado, especial y único

– debemos tener culpa, porque "Sin culpabilidad, el ego no tiene vida". Claramente, nuestros egos nunca quieren que escuchemos que "el Hijo de

Dios está libre de toda culpa". Sabemos que este hecho de Expiación se

encuentra únicamente en nuestras mentes correctas, lo que significa elegir la interpretación del Espíritu Santo de la diminuta y alocada idea: no pasó nada que nos separe del Amor de Dios. Esto significa que no hay culpa, lo que contradice las afirmaciones arrogantes del ego en sentido contrario.

Hemos aprendido que la estrategia del ego es evitar que reconozcamos la inocencia del Hijo de Dios, primero al establecer la realidad de la culpa, la piedra angular de su sistema de pensamiento de separación, y luego protegiéndola con su mundo de culpa y venganza.

(XI.1:1) Las mejores alternativas que el ego ofrece para contrarrestar lo que se percibe como la ruda intromisión de la culpabilidad en la paz son: el olvido, el sueño y la muerte.

Jesús se refiere a la represión o la negación: hacemos realidad la culpa y luego olvidamos que lo hicimos. Aunque es una defensa relativamente primitiva, la represión sigue siendo una de las armas más potentes del ego en su guerra contra la mente. Después de todo, ¿cómo podemos esperar cambiar la decisión equivocada de nuestra mente si no tenemos recuerdo de tener una? El cuerpo, el agente sin mente del olvido del ego, en última instancia se refuerza como una defensa por la muerte, la prueba definitiva de que el cuerpo alguna vez vivió.

(XI.1:2-4) Aun así, nadie piensa que está en conflicto y abatido por una guerra cruel, a menos que crea que ambos contendientes son reales. Al creerlo, se ve obligado a escapar, pues una guerra así pondría fin a su paz mental, y, por lo tanto, lo destruiría. Mas sólo con que se diese cuenta de que la guerra es entre un poder real y uno irreal, podría mirar en su interior y ver su libertad.

Los oponentes en esta guerra ilusoria son Dios y el ego (el Hijo culpable);

no el verdadero Dios, por supuesto, sino el hecho a imagen y semejanza del Hijo pecador que ve a Dios tan pecador como él. Por lo tanto, el quid de la estrategia del ego es que abandonemos la mente, y para ello inventa su loca historia sobre el estar en guerra con el Creador. Esto tiene lugar en un campo de batalla (el recuadro de la mentalidad-errada del gráfico [ver Apéndice]) lo cual solo puede conducir al terror debido a la inevitabilidad de la conclusión: nuestra aniquilación. Entonces buscamos escapar, pero solo porque creemos que la pesadilla del ego es cierta. Esto se conoce posteriormente como el “sueño secreto” (T-27.VII.11:7) de que asesinamos a Dios, Quien ahora nos castigará. Huyendo de la mente a través de la proyección, hacemos un mundo. Sin embargo, el mundo proyectado sigue siendo una ilusión, un producto de una guerra de la que el Dios verdadero no sabe nada, porque las ideas no abandonan su fuente. La fuente, que es la culpa de la mente, es ilusoria; el Hijo nunca se ha separado de su Padre – la Idea del Hijo de Dios nunca ha abandonado Su Fuente en la Mente de Su Creador.

(XI.1:5) Nadie pensaría estar abatido o atormentado por interminables batallas si él mismo perci-biese que no tienen absolutamente ningún significado.

La conciencia de la naturaleza ilusoria de la guerra llega cuando miramos con Jesús el campo de batalla, en el mundo y dentro de la mente, elevándonos por encima de él y viendo que no es nada. Sin embargo, nosotros no conoceremos su falta de significado, a menos que miremos, y el ego hará todo lo que esté en su poder para impedir que lo hagamos. La culpa viene al rescate del ego porque, como veremos a continuación, es

ciego y cegador: no conoce el amor y no nos permite reconocerlo; la culpa también nos ciega a nosotros mismos, insistiendo en que escaparemos de ella proyectando un mundo y un cuerpo que no pueden conocer su fuente en la mente tomadora de decisiones.

El propósito del mundo es un tema crucial en nuestra sinfonía, es articulado aquí y volverá a aparecer una y otra vez, siendo claramente enunciado al final del Capítulo 18 donde Jesús declara directamente que el propósito del

mundo y el cuerpo es para ocultar la culpa (T-18.IX.4). Hasta que miremos con los ojos abiertos el papel que el mundo lleno de culpa juega en la estrategia del ego, no nos daremos cuenta de la irrealidad de la culpa y no

reconoceremos como ilusorio el mundo que surgió de ella. Es la Expiación la que nos permite ver a través de los ojos de Jesús o visión de Cristo: (IX.4:1-2) La Expiación conlleva una re-evaluación de todo lo que tienes en gran estima, pues es el medio a través del cual el Espíritu Santo puede separar lo falso de lo verdadero, lo cual has aceptado en tu

mente sin hacer ninguna distinción entre ambos. No puedes, por lo tanto, valorar lo uno sin lo otro, y la culpabilidad se ha convertido en algo tan real para ti como la inocencia.

El Espíritu Santo nos enseña a comparar lo que hemos valorado (el especialismo del ego) con lo que realmente tiene valor (el perdón). Cuando

veamos la diferencia entre el dolor que sigue a la decisión por la culpa y la

paz que sigue a la decisión por la inocencia, finalmente habremos elegido la

verdad de Expiación del Espíritu Santo que deshace las mentiras de separación del ego. Esto presagia una discusión del importante tema de

mirar con el Espíritu Santo al ego, aprendiendo a separar la verdad de la

ilusión. Un pasaje posterior en el contexto de la comparación de los resultados de los intereses compartidos versus los no compartidos reiterará

la importancia del contraste en el sistema de pensamiento del Curso. (XI.4:4-5; 6:3-5) El Espíritu Santo señala calladamente el contraste, sabiendo que, en última instancia, dejarás que Él juzgue por ti la diferencia, permitiéndole que te muestre cuál de las dos alternativas es

cierta. Tiene perfecta fe en tu juicio final porque sabe que es Él Quien lo emitirá por ti. ... Los contrastes y las diferencias son recursos de aprendizaje necesarios, pues gracias a ellos aprendes lo que debes evitar y lo que debes procurar. Cuando hayas aprendido eso, encontrarás la respuesta que elimina la necesidad de las diferencias.

La

verdad viene por su cuenta a encontrarse consigo misma.

Al elegir la percepción del Espíritu Santo en lugar de la nuestra, miramos

honestamente al ego y vemos que nos habla de ilusiones y no de la verdad.

Esto deshace el bloqueo a la visión y entonces vemos la verdad de la Expiación – ninguna percepción de diferencias nos ha separado de nuestra

unidad viviente con Dios – y recordamos la verdad de nuestra

Identidad

como Cristo. El contraste, por lo tanto, es esencial si queremos elegir de

otra manera. Es por eso que, nuevamente, el ego hace todo lo posible para

evitar que miremos dentro de la mente tomadora de decisiones, siendo la

culpa su principal medio de preservar nuestro estado sin mente como cuerpos.

Ahora examinamos el corazón del sistema del ego mirando dos secciones

que se enfocan en la culpa: “El inocente Hijo de Dios” y “El miedo a la redención”.

(II.1:1) El propósito fundamental de la proyección es siempre deshacerse de la culpabilidad.

El ego nos dice que escaparemos de la culpa y de su horrible castigo a

manos de un Dios vengativo fabricando un mundo en el que escondernos.

Dentro del mundo mismo, escapamos de nuestro sentido personal de culpa

al hacer a otros responsables de nuestro sufrimiento. Siempre que estemos

enojados o incluso levemente molestos, es siempre porque buscamos ocultar el odio a uno mismo que hay dentro. Sin esa motivación, nunca atacaríamos a nadie ni a nada. Sin embargo, las ideas no abandonan su

fuente, lo que significa que la proyección es intrínsecamente una mentira: la

culpa permanece para siempre en la mente dividida mientras nuestro tomador de decisiones elija creer en ella.

(II.1:2) Pero el ego, como de costumbre, trata de deshacerse de la culpabilidad exclusivamente desde su punto de vista, pues por mucho que él quiera conservar la culpabilidad, a ti te resulta intolerable, toda vez que la culpabilidad te impide recordar a Dios, Cuya atracción es tan fuerte que te es irresistible.

Siempre existe el lado de la mentalidad-correcta de nosotros que quiere

recordar a Dios y regresar a casa. El tú al que Jesús se está dirigiendo arriba, y al cual siempre se está dirigiendo, es a la mente tomadora de decisiones hacia la cual el miedo del ego inevitablemente nos hará elegir

contra ella. De ahí la estrategia de represión y proyección del yo, el cual

retiene la culpa en nuestro inconsciente de la que, por definición, no somos

conscientes. De esta forma la culpa se regenera continuamente, por lo cual

somos inconscientemente motivados a escapar al mundo, dejando nuestra

atención enfocada en encontrar el pecado y la culpa a nuestro alrededor,

pero nunca en nuestro interior – un brillante plan concebido para mantenernos inconscientes y para ser por siempre incapaces de elegir de

otra manera.

(II.1:3) En este punto, pues, se produce la más profunda de las

divisiones, pues si has de conservar la culpabilidad, tal como insiste el ego, tú no puedes ser tú mismo.

Nuestro verdadero Ser descansa en la aceptación de la Expiación, la cual

contiene el recuerdo de Quiénes somos como Cristo, que es conservado en

nuestras mentes correctas por el Espíritu Santo, el vínculo de conexión con

el Cielo. En vista de esto, el ego nos necesita para negar Quiénes somos,

haciéndonos creer que somos este falso yo que ha conquistado a su Creador.

Es la culpa la que nos dice que esto es así, llamando a nuestro triunfo un

pecado, el cual inevitablemente será castigado con la muerte.

(II.1:4) Sólo persuadiéndote de que tú eres él podría el ego inducirte a proyectar la culpabilidad y de ese modo conservarla en tu mente.

Cuando nuestra mente elige el ego, se vuelve ciega al Espíritu Santo.

Como

no sabemos que hay otra voz o yo, nos convertimos en el ego, lo que significa que hacemos lo que él dice porque el ego es ahora nosotros.

Dice

que la culpa es real y estamos de acuerdo; nos dice que tenemos que escapar de la culpa, y respondemos: "Estoy listo". Luego proyectamos este

yo culpable, inventamos un mundo, olvidamos que lo hicimos y pensamos

que somos un cuerpo. El mundo externo no es más que la proyección de la

elección equivocada original de quiénes somos, y nunca ha abandonado su

fuente: la creencia de la mente en la realidad de la culpa.

(II.2:1-3) Observa, sin embargo, cuán extraña es la solución que el ego ha urdido. Proyectas la culpabilidad para deshacerte de ella, pero en realidad estás simplemente ocultándola. Experimentas culpabilidad, pero no sabes por qué.

Creemos que nos desharemos de la culpa al fabricar un mundo.

Venimos

aquí como cuerpos, olvidando su origen porque sufrimos de amnesia

mental. En consecuencia, creemos que la culpa proviene de genes malos o de otras personas, necesitando que enfrentemos una auto-imagen negativa que no tiene nada que ver con el yo que inconscientemente pensamos que lo somos, porque la verdadera fuente de la culpa en la mente está oculta por el cuerpo. Más lejos aún, como resultado de la proyección, luchamos constantemente con los símbolos externos de nuestra culpa - el pecado y el mal que percibimos en el mundo - sin darnos cuenta de que nuestra incomodidad siempre viene de adentro, un flujo constante de culpa que nunca terminará hasta que cambiemos nuestras mentes acerca de quiénes somos.

(II.3:1-2) La más tenebrosa de las piedras angulares que ocultas, mantiene tu creencia en la culpabilidad fuera de tu conciencia, pues en ese lugar tenebroso y secreto yace el reconocimiento de que has traicionado al Hijo de Dios al haberlo condenado a muerte. Nuestra culpa proviene de la creencia de que pecamos contra Dios y crucificamos a Su Hijo, la cual el ego nos dice que nunca debemos mirarla.

El mundo se basa en la creencia de que necesitamos escapar de este lugar escondido, ennegrecido por la culpa: el "sueño secreto" del ego antes mencionado.

(II.3:3-4) Tú ni siquiera sospechas que esta idea asesina, aunque demente, yace ahí oculta, pues las ansias destructivas del ego son tan intensas que sólo la crucifixión del Hijo de Dios puede, en última instancia, satisfacerle. No sabe quién es el Hijo de Dios porque es ciego.

El ego no conoce el amor, la santidad o la Expiación, sino solo la amenaza inherente de la mente toma-dora de decisiones del Hijo para elegir en su contra. El ego es ciego al amor porque la culpa se basa en la creencia en el pecado, que proclama: "El Amor de Dios está muerto porque Él ha sido

destruido. La separación es ahora la realidad y unidad es una mentira".

La

culpa sigue a la demente idea de que hemos realizado este hecho miserable

y asesino por el que sin duda seremos castigados y destruidos.

(II.3:5) Mas permítele percibir inocencia en cualquier parte, y tratará de destruirla debido a su miedo.

Como veremos más adelante, para el ego, la ausencia de culpa es pecaminosa y la culpa es santa porque la culpa salva al ego. De hecho, junto

con el pecado, la culpa es el término más santo en la religión del ego porque

juntos prueban la existencia del ego, que el Hijo logró lo imposible al hacer

real la separación. Temer el castigo de Dios demuestra aún más la verdad

del sistema de pensamiento del pecado del ego, que exige que nos defendamos de este miedo creando un mundo en el que escondernos.

Nuestra "vida" en los cuerpos, entonces, es la prueba última de que el ego

tiene razón. Y todo esto por nuestra creencia en la realidad de la culpa. Esto significa que cuando llega alguien que no tiene culpa, se convierte en

el blasfemo que peca contra el dios del ego. Sin una creencia en el pecado y

la culpa, el Cristianismo desaparecería en su propia nada, y es obvio que

Jesús está hablando de las extrañas religiones que surgieron en su nombre,

como leemos en los siguientes pasajes:

(II.4:1-3) Gran parte del extraño comportamiento del ego se puede atribuir directamente a su definición de la culpabilidad. Para el ego, los inocentes son culpables. Los que no atacan son sus "enemigos"

porque,

al no aceptar su interpretación de la salvación, se encuentran en una posición excelente para poder abandonarla.

Una vez más, la inocencia es el gran enemigo del ego, y quienes la demuestran son culpables de pecado y merecen castigo. La retribución vengativa del ego sobre la inocencia divina es el verdadero significado de la

crucifixión, y este es el contenido detrás de la forma del mito del evangelio.

Inevitablemente, el mismo Jesús y su mensaje de salvación (perdonando el pecado que nunca sucedió) se convirtió en enemigo del Cristianismo, y tuvo que ser reemplazado por un salvador de la culpa, el juicio, el sacrificio y la muerte, los "amargos ídolos" a los que se refiere en otras partes del Curso (C-5.5:7).

(II.6:1-2) He dicho que la crucifixión es el símbolo del ego. Cuando el ego se enfrentó con la verdadera inocencia del Hijo de Dios, intentó darle muerte, y la razón que adujo fue que la inocencia es una blasfemia contra Dios.

En las historias del evangelio, Jesús es acusado de blasfemia, la referencia

aquí. De hecho, el mundo atacará a cualquiera que no tenga ego.

Sócrates,

inmortalizado en los escritos de Platón, es otro destacado ejemplo de alguien que amenazó las arrogantes fortalezas de culpa y juicio del ego y

tuvo que ser asesinado. Para el mundo, estos "Maestros de maestros" (M26.2:2) representan no solo lo contrario de todo lo que el mundo representa,

sino que son un ataque hacia él. Por eso, por ejemplo, si no crees en la guerra, a menudo eres tildado de traidor porque se considera que traicionas

las bases de tu país, las cuales predicán sobre la separación y el ataque,

como lo hace cada sombra fragmentaria del sistema de pensamiento del

ego. Todo esto tiene sentido cuando recordamos que la culpa es la base del

sistema del ego, el altar alrededor del que se construye toda su loca religión.

Mientras creamos que somos individuos separados, necesitamos sentirnos

culpables para sobrevivir, pero viendo la culpabilidad en otros, no en nosotros mismos.

(II.6:3-4) Para el ego, el ego es Dios, y la inocencia tiene que ser interpretada como la máxima expresión de culpabilidad que justifica plenamente el asesinato. Todavía no entiendes que cualquier miedo que puedas experimentar en conexión con este curso procede, en última instancia, de esa interpretación, pero si examinases las reacciones que éste suscita en ti, te convencerías cada vez más de que esto es cierto. Esto estaba destinado específicamente a Helen y su miedo a Un Curso de Milagros, pero obviamente se aplica a todos sus alumnos. Este curso trata sobre nuestra ausencia de culpa: que la separación del amor nunca sucedió, y que el yo individual que creemos que somos, la persona que lee este libro, es inventada. No deberíamos permitirnos creer que tenemos problemas con el Curso debido a cómo está escrito, o porque tiene un lenguaje demasiado Cristiano o sexista. Tenemos problemas por lo que dice: por el contenido, no por la forma. El Curso nos dice que no existimos y que somos inocentes. Como hemos visto, sin culpa no hay ego ni nosotros; y así, mientras nos identifiquemos con un yo especial e individual, debemos creer que la culpa es nuestra salvación. Reprimimos esta culpa, pero veremos su forma proyectada en todos los demás y allí la atacamos.

(II.7:1-3) Este curso ha afirmado explícitamente que su objetivo es tu felicidad y tu paz. A pesar de ello, le tienes miedo. Se te ha dicho una y otra vez que te liberará, no obstante, reaccionas en muchas ocasiones como si estuviese tratando de aprisionarte. No creo que los estudiantes de Un Curso de Milagros puedan negar honestamente esta experiencia, de una forma o de otra. De hecho, sería casi imposible no creer esto mientras pensemos que el yo que llamamos con un nombre es nuestra identidad. Ese yo estaría continuamente amenazado por

palabras que dicen que no somos nuestros cuerpos sino mentes, que nuestros ojos no ven, que nuestros oídos no oyen y que nuestro cerebro no piensa. Para nuestros egos, entonces, la promesa de libertad del Curso es experimentada como un aprisionamiento, y el sistema de pensamiento aprisionador del ego como la liberación.

(II.7:4) A menudo lo descartas con mayor diligencia de la que empleas para descartar los postulados del ego.

Podemos exclamar: "Claro, el cuerpo es una ilusión, pero ¿qué tiene eso que ver conmigo? Jesús dice yo no estoy aquí y el mundo se acabó hace mucho tiempo - palabras bonitas, pero irrelevantes para mi vida personal".

Ellas no son irrelevantes. Por el contrario, estas palabras son todo lo que es relevante para nuestras vidas, porque nos muestran que no tenemos una vida personal, la cual siempre está basada en las mentiras de individualidad y especialismo del ego. Es más fácil descartar las enseñanzas de Un Curso de Milagros, las cuales son ajenas a nuestra identidad corporal que rechazar las enseñanzas del ego que refuerzan nuestros auto-conceptos nacidos de la separación y la culpa, el fundamento de nuestra existencia aquí.

(II.7:5) En cierta medida, pues, debes creer que si no aprendes el curso te estás protegiendo a ti mismo.

Nota nuestra locura: Por un lado, dedicamos nuestra vida a este curso y sus enseñanzas sobre el perdón, pero por otro lado, tratamos desesperadamente de no aprenderlo para preservar nuestro yo. En el Capítulo 12, vimos esta misma idea expresada en el contexto de seguir un plan de estudios con dos metas: aprender y no aprender. La frustración y el fracaso del aprendizaje se

vuelven inevitables, exactamente lo que el ego quiere para nosotros. (II.7:6) Y no te das cuenta de que lo único que puede protegerte es tu inocencia.

Nuestra inocencia es lo único que puede protegernos, al no rechazar o luchar contra la verdad, ni atacar el amor o desarrollar una relación especial

con este curso, con Jesús o con cualquier otra persona. Lo único que nos

protege es aceptar la Expiación, que, dicho simplemente, es que el Hijo de

Dios es inocente, el contenido del curso universal (M-1.3:1-5). Sin la creencia en la culpa, no hay necesidad de proyectar ni de sentirse vulnerable

a un ataque y, por lo tanto, no es necesario ponernos a la defensiva o necesitar protección. Los inocentes nunca tienen miedo porque están protegidos por la paz que sobrepasa todo entendimiento, como San Pablo

enseñó (Filipenses 4:7), porque está más allá del mundo de la culpa, el ataque y el dolor.

(II.8:1) La Expiación se ha interpretado siempre como lo que libera de la culpabilidad, y esto es cierto si se entiende debidamente.

Tanto el Judaísmo como el Cristianismo se centran en la liberación de la culpa; pero solo a través de la expiación con sacrificio. Esto, por supuesto,

solo hace que la culpa sea real. ¿Por qué tendríamos que sacrificarnos a

menos que hubiésemos hecho algo malo, como para que nuestra culpa nos

impulse a expiarnos a través del sufrimiento? Jesús nos está enseñando a

aceptar la verdadera Expiación (o corrección), lo que significa reconocer

que nada ha sucedido que justifique nuestra culpa. De esta manera nos

liberamos de la culpa para siempre.

(II.8:2-3) No obstante, incluso si yo te interpreto lo que es, puede que la

rechaces y no la aceptes para ti mismo. Tal vez hayas reconocido la futilidad del ego y de sus ofrecimientos, pero aunque no los desees, puede que todavía no contemples la alternativa con agrado.

Cuando elegimos uno, el ego o el Espíritu Santo, dejamos ir al otro. Sin embargo, queremos un poco de ambos: la paz de Dios y nuestra individualidad, lo que significa que también queremos nuestra culpa.

Esta

mezcla de verdad e ilusión es una de las tácticas favoritas del ego para confundirnos, al confundir las dos. Creemos que podemos tener la torta de

especialismo de nuestro ego y no ser envenenados por su venenosa culpa.

Nos aferramos a la culpa y luchamos contra su liberación, protestando al

mismo tiempo sobre cuánto odiamos al ego y su sistema de pensamiento de

separación y ataque, y cuánto amamos a Jesús y su curso de perdón.

(II.8:4-6) En última instancia, tienes miedo de la redención y crees que te aniquilaría. No te engañes con respecto a la intensidad de ese miedo,

pues crees que, en presencia de la verdad, puedes volverte contra ti mismo y destruirte.

Nuestro miedo no es la crucifixión, el dolor o el ataque; de hecho, los apreciamos y los adoramos, deleitándonos en sus regalos de "vida" para

nosotros. Es la redención lo que tanto tememos, la idea de que nada de esto

sucedió. En presencia de esta verdad de Expiación reconocemos que nosotros tampoco hemos sucedido. Como egos separados estamos aterrorizados ante el pleno significado de nuestra salvación: seguimos siendo el Ser que Dios creó, el Cristo Que nunca abandonó Su Fuente de

perfecta Unidad.

(III.1:1-2) Tal vez te preguntes por qué es tan crucial que observes tu odio y te des cuenta de su magnitud. Puede que también pienses que al

Espíritu Santo le sería muy fácil mostrártelo y desvanecerlo sin que tú tuvieses necesidad de traerlo a la conciencia.

Esta es una aclaración importante del proceso del perdón, a menudo mal

entendido por los estudiantes. El Espíritu Santo no es un mago que agita

una varita mágica sobre nuestros egos, haciendo que desaparezcan para siempre. Más bien, Él nos pide que le llevemos nuestras ilusiones – y así mirarlas a través de Sus ojos – para que con Él podamos elegir en contra de ellas, ya que no estamos dispuestos a pagar el costo de negar la verdad abrazando la culpa y el odio. Esto nos permite crecer en el respeto por el poder de la mente tomadora de decisiones para corregir su antigua elección por el ego. Dado que el ego mantiene su existencia prohibiéndonos mirar dentro de la mente, fabricando un cuerpo sin mente y diciéndonos que nosotros mismos somos ese cuerpo, Jesús nos enseña a mirar nuestra decisión de odiar: el significado de disolver el ego y regresar a casa. (III.1:3-8) Hay, no obstante, un obstáculo adicional que has interpuesto entre la Expiación y tú. Hemos dicho que nadie toleraría el miedo si lo reconociese. Pero en tu trastornado estado mental no le tienes miedo al miedo. No te gusta, pero tu deseo de atacar no es lo que realmente te asusta. Tu hostilidad no te perturba seriamente. La mantienes oculta porque tienes aún más miedo de lo que encubre. Jesús está presagiando “Los obstáculos a la paz” en el Capítulo 19, siendo el último obstáculo el temor a Dios. La hostilidad a la que se refiere Jesús se basa en última instancia en nuestra creencia de que atacamos a Dios, por lo cual el ego nos dice que debemos tener miedo de Su venganza, lo que requiere que huyamos de la mente y de su terrible culpa, fabricando un mundo y un cuerpo en el que escondernos. Sin embargo, también nos llevamos la culpa y el miedo. El miedo real del ego – el nuestro también, porque nos identificamos con el ego – es que volvamos a la parte tomadora

de decisiones de la mente y elijamos contra el ego y por el Espíritu Santo.

Así, nos aferramos a nuestros pensamientos de ataque, ya que estos mantienen alejado el amor. Queda claro, entonces, que en este loco sistema

de pensamiento el odio es nuestro amigo y el amor es nuestro enemigo.

(III.1:9-11) Podrías examinar incluso la piedra angular más tenebrosa del ego sin miedo si no creyeses que, sin el ego, encontrarías dentro de ti

algo de lo que todavía tienes más miedo. No es de la crucifixión de lo que realmente tienes miedo. Lo que verdaderamente te aterra es la redención.

La "piedra angular más tenebrosa" del ego es la creencia de que hemos sido

traicioneros con nuestro Creador y Fuente, usurpando triunfalmente Su lugar en el trono y crucificando a Su Hijo. Esta creencia es la fuente de la

trinidad impía del ego de pecado, culpa y miedo: no solo hemos pecado,

sino que somos pecadores, lo que da lugar a culpa, la experiencia de nuestra

pecaminosidad que busca el castigo que es el origen de todo temor.

La extraordinaria declaración "Lo que verdaderamente te aterra es la redención" es el corazón de Un Curso de Milagros. Explica por qué hacemos lo que hacemos y por qué tenemos tantos problemas con este

curso. Explica también, la profundidad de la locura del mundo.

Estamos

aterrorizados por la Unidad del Amor de Dios, cuya realidad significa que

no somos más que figuras ilusorias en un sueño inexistente. El loco odio del

mundo del sueño es simplemente una tapadera de la locura del sueño secreto de que le hicimos esto a nuestra Fuente. El propósito de estos sueños, internos y externos, es evitar que recuperemos la conciencia de la

mente tomadora de decisiones, donde recordaríamos: "Elegí esto, y como

yo lo elegí, puedo deshacer mi equivocación y hacer la elección por el

maestro de la inocencia". Si no hubiera culpa, este mundo y todo en él nunca hubiera sucedido. De ello se deduce que tenemos que volver a la culpa de la mente, mirar en ella, y darnos cuenta de su inherente nada. Esta mirada gentil sin juicio nos redime del infierno del ego. (III.2:1-5) Bajo los tenebrosos cimientos del ego yace el recuerdo de Dios, y de eso es de lo que realmente tienes miedo. Pues este recuerdo te restituiría instantáneamente al lugar donde te corresponde estar, del cual te has querido marchar. El miedo al ataque no es anda en comparación con el miedo que le tienes al amor. Estarías dispuesto incluso a examinar tu salvaje deseo de dar muerte al Hijo de Dios, si pensases que eso te podría salvar del amor. Pues este deseo causó la separación, y lo has protegido porque no quieres que ésta cese. Esto está tan claramente establecido que sería difícil perder su significado – no hay lenguaje complicado escrito en verso en blanco con dobles o triples negativos: Nosotros no queremos que la separación cese porque queremos permanecer dormidos. Y esto no lo podemos hacer sin culpa. Como resultado, tratamos desesperadamente de ver la culpa en los malhechores fuera de nosotros, castigándolos, en lugar de mirar su origen en nuestro interior. Por cierto, la doctrina de castigar a los malhechores no fue inventada por los líderes mundiales actuales, sino que surgió cuando nació el ego. Nuestro mismo mundo de individualidad se nutre de él y se sustenta en su odio. Aunque cada uno de nosotros es parte de esta locura, si recordamos el Amor de nuestro Creador, instantáneamente recordaríamos somos uno con Él, las ideas no abandonan Su Fuente. Nunca abandonamos el "lugar donde nos corresponde estar" en el Cielo, y es esta verdad la que aterroriza nuestras mentes basadas en el ego. (III.2:6) Te das cuenta de que, al despejar la tenebrosa nube que lo

oculta, el amor por tu Padre te impulsaría a contestar Su Llamada y a llegar al Cielo de un salto.

Ésta es la atracción del amor por el amor que tanto tememos.

Resistimos

enérgicamente su atracción, asegurándonos de que nunca nos entreguemos a

él y regresemos a casa. Erigimos una atracción similar, si no más fuerte,

para mantenernos alejados de recordar Quiénes somos como el verdadero

Hijo de nuestro Padre. Esta atracción/miedo a la culpa nos impulsa a continuar viviendo en el sueño, protegiendo nuestra tenebrosa existencia al

no renunciar al sistema de pensamiento subyacente del ego que oscurece la

luz del único Hijo de Dios.

(III.2:7-9) Crees que el ataque es la salvación porque el ataque impide que eso ocurra. Pues subya-cente a los cimientos del ego, y mucho más

fuerte de lo que éste jamás pueda ser, se encuentra tu intenso y ardiente

amor por Dios, y el Suyo por ti. Esto es lo que realmente quieres ocultar.

Dado que este amor está en nuestras mentes, podemos entender aún más

claramente por qué el ego se esfuerza por mantenernos sin mente, y luego

culpar al mundo por ello. No quiere que recordemos el amor de la mentalidad-correcta y la culpa de la mentalidad-errada que lo cubre.

La

culpa nos saca de nuestras mentes, literal y figurativamente, hacia el cuerpo

buscando "protección". Es imperativo ver que cada vez que nos valemos de

pensamientos de ataque, o de cualquier pensamiento de individualidad o

especialismo, hacemos lo que Jesús describe en esta sección. Todos esos

pensamientos nos alejan del Amor de Dios, contra el cual debemos luchar

porque la atracción hacia Él es muy fuerte – intensa y ardiente.
(III.3:1-3) Honestamente, ¿no te es más difícil decir “te quiero” que “te odio”? Asocias el amor con la debilidad y el odio con la fuerza, y te parece que tu verdadero poder es realmente tu debilidad. Pues no podrías dejar de responder jubilosamente a la llamada del amor si la oyeses, y el mundo que creíste haber construido desaparecería.
¡Literalmente! El mundo se desvanecería, y también nuestro yo personal. El

ego, por tanto, se encarga de que nunca escuchemos la Voz que nos llama a volver a nuestro hogar. La culpa de la mente es el primer medio para ahogarla y el odio del mundo es el segundo – nuestro ya familiar doble escudo del olvido (L-pl.136.5:2). Ahora, el poder de la mente para elegir el amor se mantiene escondido detrás de la aparente fuerza del especialismo del ego, siendo fuerte solo porque creemos en él.

(III.3:4) El Espíritu Santo, pues, parece estar atacando tu fuerza, ya que tú prefieres excluir a Dios. Mas Su Voluntad no es ser excluido. De esta manera el Espíritu Santo es correctamente percibido como terrible,

porque Él es la mayor amenaza para el ego si lo elegimos a Él como nuestro

Maestro. Sin embargo, nadie teme verdaderamente al Espíritu Santo ni al

Jesús del mundo Cristiano. Nos encanta cuando se los ve a Ellos haciendo

juicios, exigentes de sacrificio o involucrados en nuestras vidas, pero no

cuando Ellos representan al Dios Que ama Su creación, o cuando nos recuerdan que somos uno en Su Amor. Esto explica nuestra gran necesidad

de aferrarnos a la culpa por la separación, y por qué obstinadamente nos

negarnos a dejarlo ir, protegiéndolo a través de nuestras proyecciones sobre

los demás.

(III.4:1) Has construido todo tu demente sistema de pensamiento porque crees que estarías de-samparado en Presencia de Dios, y quieres

salvarte de Su Amor porque crees que éste te aniquilaría.
Esta es la mentira que nos dice el ego, pero el hecho es que lo que se "aniquilaría" es el ego, no nuestro verdadero Ser. Simplemente debemos aceptar que la Presencia amorosa de Dios es la nuestra, y al elegir esa simple verdad habremos retirado nuestra creencia en la locura del ego y la colocamos, en cambio, en la Expiación. El pensamiento de separación del ego y todos los aspectos de su fortaleza de defensas, desaparecerían nuevamente en la nada de donde provinieron (M-13.1:2).
(III.4:2) Tienes miedo de que pueda alejarte completamente de ti mismo y empequeñecerte porque crees que la magnificencia radica en el desafío y la grandeza en el ataque.
Esto debería sonar familiar, ya que describe cómo vivimos todos. Como Tarzán, nos golpeamos el pecho y desafiadamente le decimos a Dios y al mundo, protestando por nuestra grandeza y magnificencia, que en realidad son grandiosidad y pequeñez: "¡Yo Tarzán! Yo fuerte y poderoso. Yo existo. Préstame atención". Ya que el Dios verdadero no puede prestar atención a lo que no es real, tuvimos que inventar uno que pueda y lo haga. Estos son los dioses de la religión formal, como lo encontramos ejemplificado en la deidad bíblica.
(III.4:3) Crees haber construido un mundo que Dios quiere destruir, y que amando a Dios – y ciertamente lo amas – desecharías ese mundo, lo cual es, sin duda, lo que harías.
Es por eso que el amor es tan amenazante, y por qué el ego inventó a Dios a su propia imagen des-tructiva, haciéndolo parte del mundo pecaminoso de la separación. Aceptarlo como es, sin embargo, significa que nos aceptarnos como somos: espíritu, un Ser transmundo que no sabe nada de un mundo

que no existe. Es a este Ser que la Presencia del Espíritu Santo en nuestras

mentes nos recuerda continuamente.

(III.4:4-5) Te has valido del mundo, por lo tanto, para encubrir tu amor, y cuánto más profunda-mente te adentras en los tenebrosos cimientos del ego, más te acercas al Amor que yace allí oculto. Y eso es

lo que realmente te asusta.

Realmente no nos asustan las cosas terribles que le suceden a nuestro cuerpo o al del mundo, porque son estas cosas las que ayudan a reforzar la

creencia en nuestra existencia y a mantener la imagen de la “cara de inocencia” (T-31.V.2:6). Este rostro engañoso nos permite creer en la separación, pero sin aceptar responsabilidad por ello: somos víctimas de un

mundo y un cuerpo que no creamos. Dado esto, tememos a la conciencia de

que ya no existiríamos si aceptamos el amor que está más allá del ego y su

mundo, lo que significa que nunca existimos en absoluto, excepto en los

sueños en los que el amor ya había sido disipado. Ante este gozoso hecho

de Expiación, nuestros seres de mentalidad-errada tiemblan de terror.

(III.5:1-2) Puedes aceptar la demencia porque es obra tuya, pero no puedes aceptar el amor porque no fuiste tú quien lo creó. Prefieres ser un esclavo de la crucifixión que un Hijo de Dios redimido.

Obviamente, esto es cierto para nosotros porque estamos aquí, o al menos

creemos que lo estamos. No estamos esclavizados por cualquiera externamente, sino solo por decisión de la mente de que el ego sea nuestro

maestro. Esto pone nuestras vidas bajo nuestro control – un repaso del ontológico problema de autoridad y su deshacimiento. Sin embargo, antes

de que podamos elegir de nuevo, tenemos que mirar nuestro deseo secreto

de evitar la libertad de la redención, aferrándonos en su lugar al sistema de

pensamiento del ego de esclavitud, castigo y muerte.

(III.5:3) Tu muerte individual parece más valiosa que tu unicidad viviente, pues lo que se te ha dado no te parece tan valioso como lo que tú has fabricado.

Lo que fabricamos es el ego y el cuerpo, y estamos más que felices de ser

personas que nacen, viven y mueren, solo para nacer de nuevo y repetir el

ciclo. Esto es aceptable para nosotros porque confirma nuestra existencia

como entidades separadas, en lugar de ser parte de la Unidad viviente de

Dios en la que no hay nacimiento, vida ni muerte – sólo vida eterna e inmutable.

(III.5:4-5) Tienes más miedo de Dios que del ego, y el amor no puede entrar donde no se le da la bienvenida. Pero el odio sí que puede, pues entra por su propia voluntad sin que le importe la tuya.

La culpa y el odio son nuestros dioses, y los adoramos a diario en sus santuarios. Necesitamos reconocer lo que estamos eligiendo en nuestras

mentes, no solo metafísicamente, sino experimentalmente en nuestra vida

diaria. De lo contrario, no podemos tomar la decisión de dar la bienvenida

al amor de vuelta a nuestros corazones y recuperar el control de la mente

odiosa del ego. Como leemos ahora, es el miedo a la luz de la Expiación lo

que nos lleva a permanecer en la oscuridad de la falta de perdón, usando los

"pecados" pasados para justificar nuestro odio:

(VI.2:4-5) Pues el pasado no puede arrojar sombras que oscurezcan el presente, a menos que tengas miedo de la luz. Y sólo si tienes miedo elegirías dejar que la oscuridad te acompañase, y al tenerla en tu mente, verla como una nube negra que envuelve a tus hermanos y te impide ver su realidad.

La luz de Cristo que brilla en la mente sana de todos también brilla en la

nuestra. Esta luz marca el fin de la existencia separada del ego.

Elegimos la

sombra de la culpa para disimularla, y cuando proyectamos la culpa, su sombra cubre también a nuestros hermanos. Los efectos de este mundo de sombras son desastrosos, en la mente y en el mundo, y el papel específico que juega la culpa en el drama cósmico de separación y el odio es el tema de nuestra próxima sección.

Culpa: La fabricación del mundo.

(In.1:1-4) Si no te sintieses culpable no podrías atacar, pues la condenación es la raíz del ataque. La condenación es el juicio que una mente hace contra otra de que es indigna de amor y merecedora de castigo. Y en eso radica la división, pues la mente que juzga se percibe a sí misma separada de la mente a la que juzga.

Primero nos atacamos a nosotros mismos, lo cual es el significado de la culpa, y luego nos deshacemos de la culpa proyectándola. Esto sigue el

principio del ego de que las ideas sí abandonan su fuente, lo que nos permite la ilusión de creer que podemos mantener la separación que creemos que le robamos a Dios, la fuente de nuestra existencia individual.

Al poner la culpa en los demás, nos aseguramos de escapar de la culpa y el

pecado, los cuales exigen el castigo que merecemos. Creamos el mundo de

lo concreto (L-pl.161.3:1) con miles de millones de fragmentos para asegurarnos de que nunca nos quedemos sin oportunidades de tener chivos

expiatorios, siendo todos aquellos a los que etiquetamos como malvados y

que buscamos castigar. En nuestra locura creemos haber escapado con éxito

de la iracunda venganza de Dios, sin embargo, todo lo que hemos hecho es

reforzar el sistema de pensamiento de separación y juicio que es la fuente

de nuestra culpa y miedo.

(IN.1: 5-7) Todo esto no es más que el intento delirante de la mente

para negar en sí, y escapar de la pena de negación. No es un intento de negación relinquit, sino para aferrarse a ella. Porque es la culpa que ha oscurecido el Padre para ti, y es que la culpa ha vuelto loco. La culpa oculta a Dios, y luego nos conduce a la demencia al hacernos creer en un demente sistema de pensamiento de separación que nos impulsa a vivir en un mundo demente, cegándonos a nosotros mismos la fuente de la demencia. La proyección asegura que la negación de la culpa permanezca intacta como defensa, porque si no nos damos cuenta de la presencia de la culpa en la mente, viéndola en cambio en nuestras proyecciones, ¿cómo podemos ejercitar el poder de la mente para elegir en su contra y deshacerla?

(In.2:1) La aceptación de la culpabilidad en la mente del Hijo de Dios fue el comienzo de la separación, de la misma manera en que la aceptación de la Expiación es su final. Todo proviene de una simple elección: la elección del ego es la elección por la culpa; la elección del Espíritu Santo es la elección por la Expiación. Esta simplicidad se ve oscurecida por nuestro increíblemente complicado mundo, y, por consiguiente, hemos convertido la religión y la espiritualidad en sistemas de pensamiento increíblemente complicados y en prácticas que nos alejan aún más de la simple verdad del amor: Dios es, y no hay nada más.

Jesús ahora describe cómo el mundo surgió desde la culpa y es su hogar. Necesitamos recordar que no está realmente hablando del mundo físico, sin mente, sino de la culpa, porque el mundo no es más que su proyección – las ideas no abandonan su fuente:

(In.2:2-3:1) El mundo que ves es el sistema ilusorio de aquellos a quienes la culpabilidad ha enlo-quecido. Contempla detenidamente este mundo y te darás cuenta de que así es. Pues este mundo es el símbolo del castigo, y todas las leyes que parecen regirlo son las leyes de la muerte. Los niños vienen al mundo con dolor y a través del dolor. Su crecimiento va acompañado de sufrimiento y muy pronto aprenden lo que son las penas, la separación y la muerte. Sus mentes parecen estar encerradas en sus cerebros, y sus fuerzas parecen decaer cuando sus cuerpos se lastiman. Parecen amar, sin embargo, abandonan y son abandonados. Parecen perder aquello que aman, lo cual es quizá la más descabellada de todas las creencias. Y sus cuerpos se marchitan, exhalan el último suspiro, se les da sepultura y dejan de existir. Ni uno solo de ellos ha podido dejar de creer que Dios es cruel. Si éste fuese el mundo real, Dios sería ciertamente cruel. Jesús está diciendo, no tan sutilmente, que el Dios bíblico es cruel debido al mundo de sufrimiento y muerte que Él creó. Intentar cubrir esto diciendo que el mundo es maravilloso, si no sagrado, es un intento dolorosamente mal-adaptativo de evitar confrontar la culpa de nuestra mente. Además, una vez que creemos que el mundo está lleno de luz y esperanza, un lugar donde el bien gana y el mal pierde, con libertad y justicia abundante, nos negamos a nosotros mismos la única oportunidad disponible para mirar dentro de la mente. Debemos ver el universo físico como es – el hogar del sacrificio y la pérdida, un mundo árido y polvoriento, al cual criaturas hambrientas y sedientas vienen a morir” (L-pII.13.5:1) – porque sólo entonces reconoceremos su fuente como un pensamiento de oscuridad y muerte que dio lugar a un mundo de oscuridad y muerte. Cuando, con la luz de la Expiación brillando a nuestro lado, volvemos al pensamiento tenebroso de la culpa,

podemos afirmar y realmente significar la verdad del milagro: "Todo esto fue un pensamiento tonto, sin poder para cambiar a Dios o a Su Hijo". Nuestras mentes ahora son libres para elegir de nuevo. Hay varios pasajes en este capítulo donde Jesús habla del mundo y básicamente nos pide que nos preguntemos: "¿Cómo es posible que elija esto?" Nos urge a ver que el mundo no tiene existencia aparte de la creencia de la mente en él: aquí no hay realidad. Recuerda que la percepción no es objetiva, sino interpretativa. El mundo es lo que hicimos de él, un lugar de culpa que vemos a nuestro alrededor para que nunca tengamos que mirar a la mente que es su fuente. Aquí hay otra descripción del mundo que hizo la culpa: (VII.3:1-5) Tú no deseas realmente el mundo que ves, pues no ha hecho más que decepcionarte desde los orígenes del tiempo. Las casas que erigiste jamás te dieron cobijo. Los caminos que construiste no te llevaron a ninguna parte, y ninguna de las ciudades que fundaste ha resistido el asalto demoledor del tiempo. Todo lo que has hecho lleva impreso sobre sí el estigma de la muerte. No lo tengas en tanta estima, pues es un mundo viejo y decrepito, e incluso según lo construías ya estaba listo para retornar al polvo. Esto recuerda el pasaje del manual para el maestro sobre el cansancio del mundo del tiempo: está viejo, agotado y sin esperanza (M-1.4:4-5). ¿Qué otra cosa podría ser la proyección de la culpa sino un mundo de agotamiento y muerte? Hecho del polvo moribundo del sistema de pensamiento del ego, el mundo sólo puede volver a su fuente. Sin embargo, Jesús nos pregunta, ¿es esto lo que realmente queremos? Claramente ha sido nuestro deseo, por eso fabricamos el mundo, para proteger nuestro yo

culpable. Y esta protección ha dado sentido a nuestras vidas. Pero ver el mundo por lo que es nos ofrece la posibilidad de elegir de otra manera: inocencia en lugar de culpa, vida en lugar de muerte, esperanza en lugar de desesperanza.

(IX.3) El mundo te puede dar únicamente lo que tú le diste, pues al no ser otra cosa que tu propia proyección, no tiene ningún significado aparte del que tú viste en él, y en el que depositaste tu fe. Sé fiel a la obscuridad y no podrás ver porque tu fe será recompensada tal como la

diste. Aceptarás tu tesoro, si depositas tu fe en el pasado, el futuro será

igual. Cualquier cosa que tienes en gran estima la consideras tuya. El poder que le otorgas al atribuirle valor hace que sea así.

Al valorar la oscuridad de la culpa sobre la luz de la Expiación, la hacemos

terriblemente real y luego la proyectamos, dando lugar a un mundo de oscuridad. Mientras valoremos nuestro yo especial, debemos valorar su origen en la culpa del ego. Por tanto, valoraremos el mundo que lo protege,

viendo la culpa y la muerte a nuestro alrededor, pero sin aceptar la responsabilidad de que nuestra mente las haya elegido en primer lugar.

Aunque el mundo es ilusorio y no externo a nosotros – las ideas no abandonan su fuente – crearemos que está allí fuera porque allí lo pusimos,

y hemos puesto nuestra fe en lo que vemos. Sin embargo, nuestra fe se basa

únicamente en la culpa, la cual apreciamos como nuestro yo, valorando el

mundo temporal que lo preserva. La devaluada luz de la Expiación ha sido

enterrada bajo el manto de oscuridad de la culpa, a la espera de nuestro

perdón para liberarla.

(X.1:1) Estás acostumbrado a la noción de que la mente puede ver la fuente del dolor donde ésta no está.

Todos somos expertos en esto. Vemos la fuente del dolor en nuestro cuerpo

o en el de otras personas, pero no es la fuente real en la mente. Como leeremos mucho más adelante en nuestra sinfonía literaria: “De lo único que estabas seguro era de que entre las numerosas causas que percibes como responsables de tu dolor y sufrimiento, tu culpabilidad no era una de ellas”

(T-27.VII.7:4). El ego deliberadamente hizo la culpa y un mundo de culpa para mantener la mente oculta, y así, dejarnos sin mentes e incapaces de elegir de nuevo.

(X.1:2-3) El dudoso servicio de tal desplazamiento es ocultar la verdadera fuente de la culpabilidad y mantener fuera de tu conciencia la percepción plena de que dicha noción es demente. El desplazamiento siempre se perpetúa mediante la ilusión de que la fuente de la culpabilidad, de la cual se desvía la atención, tiene que ser verdad; y no

puede sino ser temible, o, de lo contrario, no habrías desplazado la culpabilidad hacia lo que creíste que era menos temible.

Desplazamiento es aquí sinónimo de proyección. Cuando desplazamos o

proyectamos, decimos que la culpa en la mente es veraz y temerosa porque

el pecado de separación merece castigo, incluso hasta la muerte.

Entonces

no tenemos más remedio que desviar la atención de ella, lo cual es el propósito del mundo. La culpa es, por lo tanto, desplazada sobre el cuerpo,

que actúa como una cortina de humo que, manteniéndonos inconscientes,

protege la culpa en la mente de la conciencia y la corrección.

(X.1:4) Estás dispuesto, por consiguiente, a mirar toda clase de “fuentes”, siempre y cuando no sea la fuente que yace más adentro con

la que no guardan relación alguna.

Como individuos y como sociedades, somos ingeniosos para determinar la

fuentes de nuestro dolor – en los cuerpos, y en nuestros sistemas

económicos, sociales, políticos y religiosos. Buscamos continuamente las causas de nuestro sufrimiento fuera de nosotros, donde no están, la dinámica a la que Un Curso de Milagros se refiere como magia. Estos esfuerzos nos impiden el milagro, el cual nos lleva a la verdadera fuente del problema: el tomador de decisiones de la mente que eligió la culpa en lugar de la inocencia.

El siguiente párrafo proporciona una transición de la idea de que "no guardan ninguna relación real" a las dementes relaciones que tenemos en el mundo. Aunque Jesús no usa aquí el término relaciones especiales, esta es una referencia clara, presagiando lo que vendrá más adelante en su sinfonía.

Estas relaciones especiales son el producto lógico del sistema defensivo del ego, que inventa la culpa y nos hace temerla, y luego fabrica un mundo que se fragmenta en miles de millones de pedazos que a su vez nos permite proyectar nuestra culpa inconsciente sobre los demás en las formas especiales de amor u odio.

(X.2:1-3) Las ideas dementes no guardan ninguna relación real, pues por eso es por lo que son dementes. Ninguna relación real puede estar basada en la culpabilidad ni contener una sola mancha de culpabilidad que mancille su pureza. Pues todas las relaciones en las que la culpabilidad ha dejado impresa su huella se usan únicamente para evitar a la persona y evadir la culpabilidad.

Nunca nos interesan los demás, salvo que sean los objetos adecuados para proyectarles nuestra culpa. Para este propósito, es irrelevante si los amamos u odiamos, un hecho que tratamos de ocultar mientras cubrimos la culpa de la mente a través de nuestros acuerdos de amor especial o justificaciones

para el odio. Estas locas relaciones desaparecen, sin embargo, cuando nuestra mente cambia su centro de la culpa al perdón, permitiéndonos

reconocer a nuestros hermanos como a nosotros mismos: un Hijo en la verdad (la Mente unificada que Dios creó), un Hijo en la ilusión (la igualdad de la mente separada que fabricó el ego).

(X.2:4-7) ¡Qué relaciones tan extrañas has entablado para apoyar este extraño propósito! Y te olvidaste de que las relaciones reales son santas,

y de que no te puedes valer de ellas en absoluto. Son para el uso exclusivo del Espíritu Santo, y esto es lo que hace que sean puras. Si descargas tu culpabilidad sobre ellas, el Espíritu Santo no puede entonces usarlas.

Desplazamos nuestra culpa sobre las personas porque no queremos que el

Espíritu Santo esté cerca de nuestras relaciones, a menos que Él nos bendiga a ambos y nos diga cuán santos somos, excluyendo a todos los

demás. No queremos un Maestro que nos haga ver que lo que hacemos

entre nosotros es una proyección de lo que hemos elegido dentro, la condición sine qua non de pasar de una relación especial a una santa.

El

perdón, cuando es de Él, es todo-inclusivo y no excluye a nadie de su amor

sanador. En otras palabras, las relaciones se vuelven santas solo cuando

abrazan a todos, teniendo su fuente en nuestra relación santa: la decisión de

la mente por el Espíritu Santo y la santidad de Su Expiación.

(X.3:1) En cualquier unión con un hermano en la que procures descargar tu culpabilidad sobre él, compartirla con él o percibir su culpabilidad, te sentirás culpable.

Recuerda que, cuando proyectamos la culpa, nos aferramos a ella (las ideas

no abandonan su fuente), y la culpa sobre nuestro ataque refuerza a la que

ya está presente en nuestra mente. Como nos usamos unos a otros de esta

manera – eligiendo castigar y matar para que vivamos en la inocencia –

ponemos en práctica nuevamente la fuente original de nuestra culpa, la

creencia de que le hicimos esto a Dios. Ya hemos visto cómo el ego pone en práctica continuamente la relación especial original con nuestro Creador al hacer que busquemos mantener nuestra existencia individual a expensas de otra persona. Por eso el mundo es un lugar tan hostil, a pesar de los intentos de cubrir el odio y proclamar que la vida es maravillosa: "Sí, hay algunos malhechores por ahí, pero nos cuidamos de ellos, incluso en el nombre de Dios, y luego vivimos felices para siempre en el amor, la paz y la libertad". Hacemos esto sin darnos cuenta de que solo hemos reforzado nuestra culpa por la separación al fragmentar la Filiación unificada de Dios, condenándonos al infierno de culpa y castigo del ego. (X.3:2-4) No hallarás tampoco satisfacción ni paz con él porque tu unión con él no es real. Verás culpabilidad en esa relación porque tú mismo la sembraste en ella. Es inevitable que quienes experimentan culpabilidad traten de desplazarla, pues creen en ella. Siempre que nos sentimos culpables, las leyes inmutables del ego nos condenan a reprimir y luego a proyectar (o desplazar) nuestro odio a nosotros mismos. Dado que creemos que estamos separados – después de todo, creemos que estamos aquí – la culpa es inevitable, al igual que la proyección sobre los demás: el círculo vicioso de culpa-ataque en el que nos sentimos culpables y luego atacamos a través de la proyección, engendrando aún más culpa por lo que hemos hecho. Como otros nos hacen lo mismo, el ciclo es virtualmente interminable, ya que nos atacamos sin cesar, al igual que los estados nacionales – culpa, ataque; ataque, culpa. La única forma de librarse de este ciclo es abandonarlo. Como Jesús le dijo a Helen en las primeras semanas de escritura del Curso: "Lo que se hace con

un desierto es abandonarlo" (Ausencia de Felicidad, p. 262). Esto significa pedirle ayuda a Jesús para elevarnos por encima del campo de batalla de odio viendo lo que podemos hacer para permitirnos elegir en su contra. Como dice anteriormente en el capítulo: (III.12:9-10) Su respuesta es el punto de referencia que se encuentra más allá de las ilusiones, desde el cual puedes contemplarlas y ver que son dementes. Basta con que busques ese lugar y lo encontrarás, pues el Amor reside en ti y te conducirá hasta él. La respuesta de Jesús es aceptar su amor, el punto de referencia cuerdo más allá de las ilusiones que nos permite ver el ego por lo que es: un ataque al amor que buscamos y deseamos encontrar. Siendo nuestro Ser, el amor es nuestra felicidad y nuestra única alegría, y ahora podemos elegir la Respuesta en lugar del problema. Desafortunadamente, el ego también tiene una respuesta. Su punto de referencia es la culpa, que dice que es nuestro verdadero ser, basada en los juicios que hemos puesto sobre nuestro pecado percibido: (VII.5:1-5) Has estado equivocado con respecto al mundo porque te has juzgado erróneamente a ti mismo. ¿Qué podrías haber visto desde un punto de vista tan distorsionado? Todo comienza con el que percibe, que es quien determina lo que es verdad y lo que es falso. Y no podrá ver lo que juzgue como falso. Tú que deseas juzgar la realidad no puedes verla, pues en presencia de juicios la realidad desaparece. Comenzando con el juicio de la culpa – la ausencia de inocencia (impecabilidad), ya que el miedo es la ausencia del amor – no podemos dejar de mirar hacia un mundo de culpa, en el que la inocencia y el amor están ausentes. No vemos verdaderamente, porque hemos excluido la realidad de nuestra visión y percibimos sólo ilusiones; un mundo de sufrimiento, dolor y muerte que aún apreciamos y no lo vamos a abandonar.

Al elegir el juicio en lugar de la visión (ver T-20.V.4:7), vemos culpa en lugar de amor, haciendo que la percepción del sufrimiento sea inevitable:

(X.3:5-7) Sin embargo, aunque sufren, no buscan la causa de su sufrimiento dentro de sí mismos para así poder abandonarla. No pueden saber que aman, ni pueden entender lo que es amar. Su mayor preocupación es percibir la fuente de la culpabilidad fuera de sí mismos, más allá de su propio control.

Una vez más, vemos una declaración muy clara de lo que sucede en el mundo: ver la culpa en otro y no aceptar ninguna responsabilidad por nuestra percepción. Esto no solo asegura que la culpa en nuestras mentes

pase desapercibida, sino que el amor detrás de la culpa también pase desapercibido. Esta dinámica de represión es lo que nos permite creer las

mentiras del ego sobre el amor especial, en el que nosotros podemos en

realidad amar a otro dentro de los sueños del ego de separación, juicio y ataque.

Veamos ahora partes de "Las dos emociones". El Capítulo 12 enseñó que

solo tenemos dos emociones: amor y miedo (T-12.I.9:5). Jesús extiende la

discusión a lo que nuestras mentes hacen con el miedo:

(V.1:4-5) La otra [el miedo] adopta muchas formas, ya que el contenido de las fantasías individuales difiere enormemente. Mas todas ellas tienen algo en común: son todas dementes.

A pesar de las innumerables formas del miedo en el mundo, sus teorías,

doctrinas y prácticas, son todas iguales. De una forma u otra, todas refuerzan el loco sistema de pensamiento de separación y culpa del ego.

Nota que la palabra contenido aquí realmente se refiere a la forma. De acuerdo con el significado del Curso para los dos términos, el contenido

detrás de todas las formas del sistema de pensamiento de ilusiones del ego

es el miedo, lo que "todas ellas tienen [la demencia] en común".

(V.1:6-9) Están compuestas de imágenes que no se pueden ver y de

sonidos que no se pueden oír. Constituyen un mundo privado que no se puede compartir. Pues únicamente tienen sentido para su hacedor, y, por consiguiente, no tienen sentido en absoluto. En este mundo su hacedor ronda sólo, ya que únicamente él las percibe.

Este importante tema se repite a lo largo de nuestra sinfonía – los ojos del

cuerpo no ven y sus oídos no oyen, ya que simplemente ejecutan los dictados del ego. Jesús está describiendo las alucinaciones de una persona

psicótica, el hacedor del mundo delirante de separación. En nuestra locura

pensamos que interactuamos el uno con el otro, pero en verdad interactuamos sólo con nuestro mundo privado de culpa y especialismo en

el que parecemos unirnos a otros. Sin embargo, la verdadera unión ocurre

solo cuando percibimos a todos como iguales, mirando más allá del cuerpo

a la mente, la visión que corrige la percepción del ego de las diferencias que

se basa en su necesidad de hacer culpables a los demás mientras conservamos la “cara de inocencia” (T-31.V.2:6).

Ahora leemos la primera declaración del principio central de Un Curso de

Milagros, ya discutido muchas veces, la proyección da lugar a la percepción. Se indica directamente aquí y luego se repite en el Capítulo 21:

(V.3:5-8) La proyección da lugar a la percepción, y no puedes ver más allá de ella. Has atacado a tu hermano una y otra vez porque viste en él

una sombría figura de tu mundo privado. Y así, no puedes sino atacarte a ti mismo primero, pues lo que atacas no está en los demás. La única realidad de lo que atacas se encuentra en tu propia mente, y al

atacar a otros estás literalmente atacando algo que no está en ti.

Aunque parezca que estamos atacando a otra persona, la verdad es que solo

atacamos la proyección de la culpa oculta. Nuestro compañero de odio especial se convierte en una sombría figura en quien vemos la imagen

proyectada de la ausencia del amor (pecado) que no queremos reconocer en nosotros mismos. Jesús está diciéndonos que nuestro mundo perceptivo es literalmente inventado – la proyección da lugar a la percepción – y que nosotros no podemos establecer su realidad ya que la mente separada es una ilusión.

(V.6:1) Al contemplar con claridad el mundo que te rodea, no puedes sino darte cuenta de que estás sumergido en la demencia. No veremos esta locura a menos que nuestros ojos estén abiertos, lo que significa mirar a través de la visión de Jesús donde reconocemos que todo lo que nos ha estado enseñando es verdad: la locura de nuestra mente nos ha llevado a percibir un mundo loco de intereses separados y necesidades especiales.

(V.6:2-3) Ves lo que no está ahí, y oyes lo que no tiene sonido. Las emociones que expresas reflejan lo opuesto de lo que sientes. En caso de que nos lo perdiéramos antes, nuevamente se nos dice que "vemos lo que no está ahí" y "oímos lo que no tiene sonido". Además, pensamos que somos felices, amados y amorosos, mientras que en realidad solo sentimos culpa y miedo. Dado que el cuerpo se fabricó a partir de la mentira del ego, todo lo que piensa, siente y hace es falso y está diseñado para engañarnos acerca de la verdad.

(V.6:4-7) No te comunicas con nadie, y te encuentras tan aislado de la realidad como si tú fueses lo único que existe en todo el universo. En tu demencia pasas por alto la realidad completamente, y dondequiera que tu mirada se posa no ves más que tu mente dividida. Dios te llama, mas tú no le oyes, pues estás embebido en tu propia voz. Y no puedes ver la visión de Cristo, pues sólo te ves a ti mismo.

Estamos preocupados por las voces de la separación y el pecado, fabricando un cuerpo que piensa que oye y ve. Sin embargo, solo escucha los estridentes chillidos de culpa y castigo del ego, y solo ve odio y muerte a su alrededor. Este es el mundo de la alienación de la culpa, la prisión que creemos es nuestro hogar. Aunque no hay esperanza de cambiarlo, si hay esperanza de volver a la mente y deshacer su sistema de pensamiento de especialismo y aislamiento. Esto abre la mente para escuchar la amorosa Voz de Dios llamándonos a Su visión de igualdad universal, la corrección de la percepción del ego de las diferencias. Otro aspecto de la culpa del que se habla brevemente en este capítulo, pero con más profundidad en el Capítulo 15, es el uso del tiempo por parte del ego. Al proyectar su sistema de pensamiento del pecado, la culpa y el miedo, el ego transforma el pecado en pasado, la culpa en el presente y el miedo al castigo en el futuro. Esto asegura que todo el tiempo es el mismo, porque el futuro se vincula al pasado, pasando por alto el presente en una continuidad de odio: (1.8:3-7) Pues la culpabilidad determina que serás castigado por lo que has hecho, y, por lo tanto, depende del tiempo unidimensional, que comienza en el pasado y se extiende hasta el futuro. Nadie que crea esto puede entender lo que significa “siempre”, y de este modo la culpabilidad le impide apreciar la eternidad. Eres inmortal porque eres eterno, y “siempre” no puede sino ser ahora. La culpabilidad, pues, es una forma de conservar el pasado y el futuro en tu mente para asegurar de este modo la continuidad del ego. Pues si se castiga el pasado, la continuidad del ego queda garantizada. El gran valor que tiene la culpa para el ego es que preserva el sistema de

pensamiento de separación y muerte del ego contra la "amenaza" de la Unidad viviente y eterna de Dios. La culpa perpetúa la ilusión del pecado al exigir nuestro castigo por habernos separado de nuestra Fuente. Aquí es donde nació el mundo del tiempo, arraigado en la culpa que une el pecado y el miedo, pasado y futuro. Como esta continuidad es parte integral de las defensas del especialismo y el odio del ego, Jesús la subraya una y otra vez, por ejemplo:

(IV.4:2-4) Para el ego el pasado es importantísimo, y, en última instancia, cree que es el único aspecto del tiempo que tiene significado.

Recuerda que el hincapié que el ego hace en la culpabilidad le permite asegurar su continuidad al hacer que el futuro sea igual que el pasado, eludiendo de esa manera el presente. La noción de pagar por el pasado en el futuro hace que el pasado se vuelva el factor determinante del futuro, convirtiéndolos así en un continuo sin la intervención del presente.

El tiempo, entonces, es un gran aliado del ego, razón por la cual los antiguos Gnósticos lo consideraban uno de los arcontes (cada uno de los nueve magistrados principales de la antigua Atenas) o gobernantes del mundo. Gobernado entre bastidores, por así decirlo, por la culpa de la mente, el tiempo simplemente refuerza el pensamiento ilusorio de la separación. Enfatiza el fracaso, la culpa, el castigo y la inevitable muerte -

todo muy lejos del infinito y eterno Amor de Dios que el perdón nos revela

gentilmente. De hecho, la culpa reina en el arsenal del ego como el arma

por excelencia para evitar que el Hijo despierte a la luz:

(IX.1:1-6) La culpabilidad sigue siendo lo único que oculta al Padre, pues la culpabilidad es el ataque que se comete contra Su Hijo. Los que

se sienten culpables siempre condenan, y una vez que han condenado lo siguen haciendo, vinculando el futuro al pasado tal como estipula la ley del ego. Guardarle fidelidad a esta ley impide el paso de la luz, pues exige que se le guarde fidelidad a la oscuridad y prohíbe el despertar. Las leyes del ego son estrictas y cualquier violación se castiga severamente. Por lo tanto, no obedezcas sus leyes, pues son las leyes del castigo. Y aquellos que las acatan creen que son culpables y, por lo tanto, no pueden sino condenar. La parte de nuestra mente que disfruta de estar separada no desea volver a Dios, porque hacerlo significa el fin de la existencia individual. La culpa es el mayor amigo del Hijo separado, ya que preserva la oscuridad del pecado del ego y evita que la luz de la Expiación brille en él. Al proteger nuestra culpa, nosotros no tenemos más remedio que proyectarla sobre los demás y condenarlos al castigo que en secreto creemos que merecemos. Y así, las leyes del ego del pecado, la culpa y el castigo se mantienen, pero se perciben en todas partes excepto en las mentes donde nacieron. El mundo, entonces, es una regurgitación continua de la comida venenosa de la culpa del ego. Todo lo que vemos está basado en su trinidad impía: creer que hemos pecado contra Dios en el pasado, experimentar el dolor de nuestra culpa en el presente, y anticipando con temor el castigo futuro. Desde la perspectiva del ego, este mundo loco funciona brillantemente. Sin embargo, funciona solo porque nosotros, la mente toma-dora de decisiones, creemos en él. El ego asegura que continuemos haciéndolo mediante la creación de un cuerpo que está gobernado por un cerebro, programado de

tal manera que no tengamos conciencia de que todo esto ocurre en la mente
donde elegimos activamente hacer que la culpa sea real y santa. El mundo
no puede dejar de ser lo que es porque las ideas no abandonan su fuente. La
idea de un mundo separado y odioso de sufrimiento y muerte debe convertirse inevitablemente en lo que engendra la culpa, porque nunca ha
abandonado la mente, el único lugar donde se puede curar. Esta curación es
el papel de la Expiación:

(IX.1:7-8) Las leyes de Dios tienen que intervenir entre el futuro y el pasado para que puedas liberarte. La Expiación se alza entre ellos, como una lámpara que resplandece con tal fulgor, que la cadena de oscuridad a la que te ataste a ti mismo desaparece.

Volvemos a la Expiación, el brillante tema de la sinfonía de Jesús que disuelve la disonancia de culpa, devolviendo a nuestra conciencia la luz

suave de la verdad, nuestro Ser libre de pecado.

Expiación II.

Estamos listos para escuchar la respuesta del Espíritu Santo al pantano de

odio que fabricamos, y veremos algunas breves pero bonitas referencias al

principio de Expiación que es Su suave respuesta al duro mundo de culpa
del ego:

(In.4) Este mundo es la imagen de la crucifixión del Hijo de Dios. Y hasta que no te des cuenta de que el Hijo de Dios no puede ser crucificado, éste será el mundo que verás. No podrás comprender esto, no obstante, hasta que no aceptes el hecho eterno de que el Hijo de Dios

no es culpable. Él sólo merece amor porque sólo ha dado amor. No se le

puede condenar porque él nunca ha condenado. La Expiación es la última lección que necesita aprender, pues le enseña que, puesto que nunca pecó, no tiene necesidad de salvación.

Así, el mundo del pecado, la culpa y el castigo del ego es disipado por la

simple verdad – nada sucedió. No es necesario hacer nada para salvar al Hijo de Dios de la nada. Su crucifixión fue solo un mal sueño, sin efecto sobre la verdad. La resurrección del Hijo es simplemente el despertar del sueño de la culpa y la muerte a la gloriosa realidad del amor que tiene y es.

Cuan diferente es esto del mito Cristiano, que estableció la crucifixión del Hijo de Dios como verdad teológica, ennoblecida por Dios Mismo como la respuesta a la realidad del pecado.

(I.4:2) El Padre no es cruel, y Su Hijo no puede herirse a sí mismo. Dios no es cruel porque no le hicimos nada a Él; no tenemos nada que proyectar que cambie Su Amor eterno. En otras palabras, la culpa es irreal – no se cometió ningún pecado contra Dios o Su Hijo – y sin culpa no puede haber crueldad, la cual no es más que la proyección de la culpa de la mente.

(I.6:1-2) Cuando hayas aceptado la Expiación, te darás cuenta de que no hay culpabilidad alguna en el Hijo de Dios. Y sólo cuando veas su inocencia podrás entender su unicidad.

Ver al Hijo de Dios como inocente es la corrección por haberlo visto primero como culpable, viéndolo a él a través de los ojos separados del pecado. Cuando llevamos nuestra culpa a la inocencia del Espíritu Santo, aprendemos que somos uno en la culpa; no es que uno lo tenga y el otro no, lo cual es una creencia que necesitamos proyectar. Todos somos culpables dentro del sueño, ya que somos fragmentos del único Hijo culpable. En este punto podemos entender que no puede haber culpas porque compartimos la misma culpa, donde existimos en una locura compartida de vivir en una mente delirante y en un mundo alucinatorio. Sin embargo, la simple verdad

es que estamos unidos como el inocente Hijo de Dios, y este es el mensaje amoroso de la Expiación, que corrige felizmente la expiación del ego que nace de la culpa, el sacrificio y la muerte: (I.10:1-11:3) No puedes desvanecer la culpabilidad otorgándole primero realidad, y luego expian-do por ella. Ése es el plan que el ego propone en lugar de simplemente desvanecerla. El ego cree en la expiación por medio del ataque, al estar completamente comprometido con la noción demente de que el ataque es la salvación. Y tú, que en tanta estima tienes a la culpabilidad, debes también creer eso, pues, ¿de qué otra manera, salvo identificándote con el ego, podrías tener en tanta estima lo que no deseas?

El ego te enseña a que te ataques a ti mismo porque eres culpable, lo cual no puede sino aumentar tu culpabilidad, pues la culpabilidad es el resultado del ataque. De acuerdo con las enseñanzas del ego, por lo tanto, es imposible escaparse de la culpabilidad. Pues el ataque le confiere realidad, y si la culpabilidad es real, no hay manera de superarla.

Este es el quid del plan de expiación del ego: hacemos que la culpa sea real e inevitable, y luego buscamos escapar de ella atacando a otros. Pero el verdadero escape es imposible ya que el ego nos ha enseñado que la culpa no está solo en nosotros, sino que es nosotros. Los intentos de deshacernos de ella a través de la proyección no ayudan realmente a resolver el problema en absoluto. Debido a que sabemos que, en cierto nivel, nuestros ataques a otros son injustificados, no podemos evitar reforzar la culpa que inició el problema y lo mantiene. Solo existe la hipótesis de escapar de la culpa; es decir, escapamos del odio a nosotros mismos dando nuestro pecado a otros y odiándolos por él. Sin embargo, la constante regeneración de la culpa se manifiesta en el ciclo perenne de culpa-ataque. Como

resultado, nunca podrá haber paz en el mundo hasta que veamos la verdadera causa de la guerra y la discordia: la decisión por la culpa en la mente del Hijo de Dios. Exponer el verdadero problema de creer en lo que no es verdad es, nuevamente, el papel de la Expiación para deshacer el sistema de pensamiento que nunca existió:

(I.11:4) El Espíritu Santo sencillamente la desvanece [a la culpa] mediante el sereno reconoci-miento de que nunca ha existido. Para que sepamos que la culpa nunca ha existido, tenemos que llevarla al Espíritu Santo, lo cual no podemos hacer si no sabemos que está ahí. En consecuencia, tenemos que mirar la culpa que le hemos dado a otra persona, y luego que nuestro Maestro nos enseñe que lo que percibimos afuera es una proyección de la culpa que primero hicimos real dentro. Solo cuando realmente la vemos en nuestra mente podemos entender que fue inventada – no sucedió nada que destruyera la inocencia del Hijo de Dios. Mirar.

Pasamos ahora a una serie de referencias importantes al importantísimo motivo de mirar. Este es uno de nuestros temas clave, como hemos visto, y se repite a lo largo de la sinfonía de Jesús. Mirar es nada menos que el corazón del perdón, el cual es el medio para deshacer la culpa.

(II.4:4) Se han aproximado a la piedra angular más recóndita y tenebrosa de los cimientos del ego, y si bien el ego puede tolerar que pongas en duda todo lo demás, este secreto lo guarda con su vida, pues su existencia depende de que él siga guardando dicho secreto. Ellos, los que “se han aproximado”, son los inocentes, los maestros avanzados de Dios que han progresa-do mucho en su viaje de deshacer el ego. El "único secreto", como vimos anteriormente en el párrafo 3, es que

traicionamos al Hijo de Dios al condenarlo – nuestro pecado secreto y odio

oculto (T-31.VIII.9:2). Si supiéramos que esto es lo que creemos, ciertamente elegiríamos en contra de esto, y por eso el ego no quiere que

miremos nunca dentro de la mente. Este punto no se puede subrayar lo

suficiente, por lo que Jesús lo repite una y otra vez, al igual que nosotros.

Dado que no mirar es la quintaesencia del sistema defensivo del ego para

protegerse a sí mismo, mirar es el medio de Jesús para exponer la mentira y

disolverla suavemente, como nos dice:

(II.4:5) Por lo tanto, es este secreto lo que tenemos que examinar, pues el ego no puede protegerte de la verdad, y en presencia de ésta él se desvanece.

Podemos ver el miedo del ego y el por qué ideó su brillante estrategia de

ausencia de mente para evitar que miremos la verdad interior. Al principio,

miramos la verdad de la Expiación y la rechazamos, no queriendo volver a

Dios, eligiendo en cambio permanecer fuera del Cielo como individuos. Si

nos diésemos cuenta de las terribles consecuencias de esta existencia, nuestras mentes tomadoras de decisiones sin duda volverían a elegir y regresaríamos a nuestra Fuente. El ego nunca nos ha hecho ver estas consecuencias, ni comprender que el mundo es el efecto de una causa: la

elección de la mente por la culpa. Nos enseña que lo que sucede en el mundo personal y colectivo es el resultado de personas que son odiosas,

cruelles y malvadas, que merecen ser castigadas y destruidas como las cabras en la parábola evangélica del Juicio Final. De esta forma, el ego asegura que nunca descubramos la verdad de que el cuerpo es el efecto y

que la mente es la causa, y que ambos son irreales.

(II.5:1-2) En la serena luz de la verdad, reconozcamos que crees haber crucificado al Hijo de Dios. No has admitido este “terrible” secreto

porque todavía desearías crucificarlo si pudieses encontrarlo. Siempre deseamos crucificar al Hijo de Dios, buscando encontrarlo culpable del pecado secreto que nunca deseamos reconocer en nosotros mismos. Mientras tanto, al que continuamente encontramos y atacamos no es el verdadero Hijo de Dios, sino una proyección de un pensamiento que en nuestra locura creemos que es verdad.

(II.5:3-6) No obstante, este deseo ha hecho que el Hijo de Dios se mantenga oculto de ti, ya que es un deseo aterrante, y, por lo tanto, temes encontrarlo. La manera en que has lidiado con este deseo de matarte es desconociendo tu identidad e identificándote con lo que no eres. Has proyectado la culpabilidad ciega e indiscriminadamente, pero no has podido descubrir su fuente. Pues el ego quiere destruirte, y si te identificas con él no podrás sino creer que su objetivo es también el tuyo.

El tú que el ego quiere destruir es el tomador de decisiones, porque una vez que la mente ha elegido el ego, la fuente de toda culpa, el ego quiere abolirla. Esto realmente significa querer abolir toda conciencia de la mente, ya que el ego nunca destruiría aquello a lo que le debe toda su existencia: el poder de la mente para elegirlo. Su propósito es simplemente volver impotente la capacidad del Hijo para elegir nuevamente. Esto conserva su decisión original por la separación, pero asegura que el poder de la mente nunca será utilizado contra el ego.

Dentro del sueño, por lo tanto, nuestra identidad es la de un tomador de decisiones. Como vimos en el anterior movimiento de nuestra sinfonía, que el poder de decisión es la única libertad que nos queda como prisioneros de este mundo (T-12.VII.9:1). No somos un ego, ni una entidad culpable y pecaminosa, sino el ser tomador de decisiones, que el ego ha tratado de

borrar de todo reconocimiento. Si regresamos a esta verdadera identidad dentro del sueño, claramente elegiríamos contra el ego, habiéndonos dado cuenta por fin del desafortunado error de la mente de haber elegido el asesinato en lugar del amor, la muerte en lugar de la vida eterna. (III.6:1) Tienes que mirar de frente a tus ilusiones y no seguir ocultándolas, pues no descansan sobre sus propios cimientos. Las ilusiones, la culpa y las personas culpables que hacen cosas pecaminosas, no descansan sobre sus propios cimientos porque no son reales. Su cimiento es la elección de la mente de creer en ellos, fuera de la cual no tienen poder ni existencia. Si retiramos nuestra fe, las ilusiones se desmoronan, dejando la culpa sin sustancia ni realidad, al igual que el ser y el mundo que surgió de ella. Este hecho es la mayor amenaza para el ego. (III.6:2-4) Aparentan ser así cuando están ocultas, y, por lo tanto, parecen ser autónomas. Ésta es la ilusión fundamental sobre la que descansan todas las demás. Pues debajo de ellas, y soterrada mientras las ilusiones se sigan ocultando, se encuentra la mente amorosa que creyó haberlas engendrado con ira. El ego hace que la culpa sea tan terrible que nunca queramos mirarla, lo que significa que no miraremos. Cómo el mundo de la proyección surgió de la culpa para protegernos del dolor que ésta nos provoca, podemos ver que el único propósito del mundo es cubrir la culpa de la mente. Del mismo modo, el propósito de la culpa es mantenernos sin mente, por lo que nunca miraremos hacia adentro ni recordaremos que nos lo inventamos todo. Una vez más, el ego teme al tomador de decisiones de la mente porque puede elegir el amor, lo que significa que elegirá contra el ego. La única manera cuerda en que podemos existir en este mundo es dándonos cuenta

de que no está aquí, ya que su causa es el pecado inexistente que creíamos

que estaba justificado, al haber sido forjado con ira, porque Dios le negó Su

Amor a nuestro yo especial. Por eso no hay grados de dificultad en los milagros. Cada problema gigantesco o minúsculo, es lo mismo porque cada

uno proviene del único error de elegir el maestro equivocado. Cuando corregimos esa decisión, el ego y su mundo de culpa e ira desaparecen.

(III.6:5-6) Y el dolor de esta mente es tan obvio cuando se pone al descubierto, que la necesidad que tiene de ser sanada es innegable.

Todos los trucos y estratagemas que le ofreces no pueden sanarla, pues

en eso radica la verdadera crucifixión del Hijo de Dios.

Cuando regresamos a la mente, regresamos a la verdadera fuente de nuestro

sufrimiento. Es tan doloroso vivir aquí que nuestras vidas reflejan solo un

pequeño fragmento de la enorme ansiedad de creer que destruimos el Cielo

y crucificamos al Hijo de Dios; todo esto es un fragmento infinitesimal que

es un derrame del reservorio del dolor derivado de la loca creencia en la

separación y el asesinato. Es de este dolor del que huimos, usando el mundo

de los cuerpos como escondite. Nuestra única alegría llega cuando finalmente descubrimos esta creencia y nos damos cuenta de que no hicimos nada. Aceptar esta verdad de la Expiación cura el dolor, el cual,

ninguno de nuestros mágicos trucos de curación e ingeniosos juegos de

especialismo jamás podrán lograr.

(III.7:1-2) Sin embargo, no se le puede crucificar. En este hecho radica tanto su dolor como su curación, pues la visión del Espíritu Santo es misericordiosa y Su remedio no se hace esperar.

Nuestro dolor es la creencia errónea de que crucificamos al Hijo de Dios;

nuestra curación es darnos cuenta de que nunca sucedió – un problema

simple con una solución igualmente simple.

(III.7:3) No ocultes el sufrimiento de Su vista, sino llévalo gustosamente ante Él.

Vemos de nuevo el importante tema de llevar la oscuridad a la luz, lo que

significa mirar al ego con Jesús o el Espíritu Santo. No les entregamos alegre y ciegamente nuestro ego y les decimos: "Por favor, tómallo de mí",

entregándoselo con la mágica esperanza de que Ellos nos lo quiten.

Esto no

puede ser hecho hasta que realmente se lo demos a nuestros Maestros, lo

cual hacemos mirando. Miramos sin juzgar nuestro pecado secreto, comenzando con las proyecciones mentales de esta creencia. Sin mirar primero afuera, no podemos mirar dentro y esto significa que nada cambiará jamás.

(III.7:4-5) Deposita ante Su eterna cordura todo tu dolor, y deja que Él te cure. No permitas que ningún vestigio de dolor permanezca oculto de

Su Luz, y escudriña tu mente con gran minuciosidad en busca de cualquier pensamiento que tengas miedo de revelar.

Jesús habla de un proceso activo, no en la conducta sino en la mente, que

debe involucrarnos a lo largo del día, todos los días. Por cierto, esta búsqueda mental es un tema muy importante en el libro de ejercicios, especialmente las primeras lecciones. Es necesaria porque hemos enterrado

nuestra culpa en la mente; de hecho, nosotros hemos enterrado la mente

misma. Jesús nos está entrenando para ver que, de hecho, tenemos una

mente, por eso es fundamental mirar con los ojos abiertos al mundo "enloquecido por la culpa" y no convertirlo en algo hermoso o santo. El mundo no es un lugar agradable, porque, para repetir la frase, es un lugar

donde "criaturas hambrientas y sedientas vienen a morir". Esta evocadora

imagen retrata perfectamente nuestra experiencia. Nos morimos de hambre y sed del Amor de Dios que creemos que nunca tendremos. Al caer en la burla cósmica del ego, nos conformamos con algunas miserables migajas de especialismo para seguir adelante: "Esto es amor, y obtendrás más luego". Sin embargo, en realidad no obtenemos ninguno - nunca - porque estamos buscando en el lugar equivocado, cumpliendo la máxima del ego: busca, pero no halles. Por eso debemos estar atentos en nuestra búsqueda de la fuente del dolor en la mente, y no dejarnos seducir por las promesas de los ídolos especiales que sólo llevan a la desesperación, la depresión y la muerte. En nuestra práctica diaria de este curso, debemos prestar atención a todos nuestros pensamientos - juicio, crítica, miedo, ansiedad, especialismo, culpa - y entender por qué nos identificamos con ellos con tanta fuerza y no dejamos que ellos se vayan. Quizás en ninguna parte más que en este capítulo Jesús explica de manera muy convincente que nos aferramos a nuestra culpa porque nos protege del Amor de Dios. Es realmente triste que nos conformemos con los lamentables sustitutos del especialismo cuando el gozo del Reino es nuestro con solo pedirlo. (III.7:6) Pues Él sanará cada pensamiento insignificante que hayas conservado con el propósito de herirte a ti mismo, lo expurgará de su pequeñez y lo restituirá a la grandeza de Dios. Para que ocurra este feliz evento de curación, debemos llevar nuestros pensamientos del ego al Espíritu Santo. Le pedimos Su ayuda para reinterpretar el mundo por nosotros para que podamos verlo como una proyección del odio y la culpa de la mente, dándonos cuenta de que no son

más que defensas contra la elección de nuestra mente por el amor que el

ego ha enterrado allí, la elección de la grandeza en lugar de la pequeñez.

(V.8:1-5) La visión depende de la luz. En la oscuridad no puedes ver. Mas en la oscuridad – el mundo privado que habitas cuando duermes – ves en sueños a pesar de que tus ojos están cerrados. Ahí es donde lo

que ves es obra tuya. Con todo, si abandonas la oscuridad dejarás de ver todo lo que hiciste, pues verlo depende de negar la visión.

En nuestras mentes erradas no conocemos nada más: todo lo que creemos

que pensamos, y creemos que vemos y oímos, creemos que es verdad. Psicológicamente, nos referimos a estos fenómenos mentales y perceptuales

como delirios y alucinaciones. Sin embargo, es solo cuando buscamos la

visión de Cristo que reconocemos nuestra psicosis. Esta es la etapa inicial

de la mentalidad-correcta y la percepción verdadera, la forma de encontrar

la luz que realmente queremos, la cordura que nos llevará a casa.

(V.8:6-9) Sin embargo, negar la visión no quiere decir que no puedas ver. Mas eso es lo que hace la negación, pues mediante ella aceptas la demencia, al creer que puedes construir un mundo privado y gobernar tu propia percepción. Mas para esto, la luz tiene que ser excluida, Cuando ésta llega, no obstante, los sueños se desvanecen y entonces puedes ver.

La buena noticia es que, a pesar de nuestras incursiones en la psicosis, los

medios para restaurar nuestra cordura han permanecido con nosotros.

Mientras dormimos por la noche (para cambiar las metáforas),

nuestros

sueños nos parecen muy reales y no sabemos de nada más. Pero, así como

podemos entrenarnos para despertar de nuestras pesadillas, nuestras mentes

pueden aprender a elegir despertar de sus sueños de separación y juicio.

Cuando lo hacemos, la luz de la Expiación del Espíritu Santo ilumina las

oscuras imágenes de la culpa y el odio, ¡y finalmente nuestros ojos estarán

abiertos para que podamos ver!

(V.10) Sólo puedes experimentar dos emociones. Una la inventaste tú y la otra se te dio. Cada una de ellas representa una manera diferente de ver las cosas, y de sus correspondientes perspectivas emanan dos mundos distintos. Ve a través de la visión que se te ha dado, pues a través de la visión de Cristo Él se contempla a Sí Mismo. Y al ver lo que Él es, conoce a Su Padre. Más allá de tus sueños más tenebrosos Él ve en ti al inocente Hijo de Dios, resplandeciendo con un fulgor perfecto que tus sueños no pueden atenuar. Y esto es lo que verás a medida que

veas todo a través de Su visión, pues Su visión es el regalo de amor que

Él te hace, y que el Padre le dio para ti.

Al inventar el miedo, vemos a través de sus ojos oscurecidos por la culpa, y

percibimos un mundo de odio, dolor y muerte. Por otro lado, cuando vemos

a través del Espíritu Santo elegimos aceptar el amor que Dios nos ha dado,

miramos a través de ojos iluminados y percibimos un mundo de expresiones

de amor o de peticiones de él. El inocente Hijo de Dios se ve en todas las

personas cuando recordamos el Amor Que nos creó – Su único Hijo – como

a Sí Mismo.

(IX.7:1-2) La culpabilidad te ciega, pues no podrás ver la luz mientras sigas viendo una sola mancha de culpabilidad dentro de ti. Y al proyectarla, el mundo te parecerá tenebroso y estar envuelto en ella. La culpa nos ciega al Amor de Dios para que no veamos la luz.

Entonces

nos volvemos ciegos de nuestra culpa, porque vemos oscuridad y odio a

nuestro alrededor, pero nunca dentro. Esto explica nuestra tremenda necesidad como individuos y como grupos para ver enemigos afuera en el

mundo de cuerpos sin mente del ego. Una vez vistos allí, los malhechores

deben ser castigados con la mágica esperanza de que Dios sea convencido de participar en nuestra locura, liberándonos así del peso de la culpa y ubicándola en otros.

(IX.7:3-5) Arrojas un oscuro velo sobre él, y así no lo puedes ver porque no puedes mirar en tu interior. Tienes miedo de lo que verías, pero lo que temes no está ahí. Aquello de lo que tienes miedo ha desaparecido.

Los ojos y los oídos fueron hechos para mirar y oír lo externo, no lo interno, porque tememos lo que está en la mente. Sin embargo, lo que tememos, nuestra culpa, nunca estuvo allí, lo que significa que lo que creemos que somos nunca estuvo allí tampoco. El reconocimiento de este hecho de Expiación es la fuente del miedo del ego. Ya que somos nuestra culpa – sin

la cual no hay ego – si no hay culpa no hay yo separado. El ego, por supuesto, está absolutamente en lo correcto: si miramos hacia adentro,

desapareceremos. Pero es el ser del ego el que desaparecerá, no quiénes

somos realmente como el Hijo de Dios, el cual se recuerda a través de la

función de perdón de nuestros sueños de mentalidad-correcta.

(IX.7:6) Si mirases en tu interior, verías solamente la Expiación, resplandeciendo serenamente y en paz sobre el altar de tu Padre.

Huimos de la Expiación al principio cuando elegimos el sistema de pensamiento de separación e identidad individual del ego, y dado que el

tiempo no es lineal, siempre estaremos en este estado hasta que nuestras

mentes elijan lo contrario. A pesar de estos frenéticos intentos de autodefensa, el recuerdo del Amor de Dios aguarda en paz por nuestro regreso a la cordura.

(IX.8:1-2) No tengas miedo de mirar en tu interior. El ego te dice que lo único que hay dentro de ti es la negrura de la culpabilidad, y te exhorta

a que no mires.

Para volver a citar la línea de la Lección 93: "Crees ser la morada del mal, de las tinieblas y del pecado" (L-pl.93.1:1). El ego es diabólicamente inteligente, y su historia de la culpa ennegrecida de la mente que lleva al miedo de la ira de Dios es tan convincente que no tenemos más remedio que huir. El ego dice, como en tantos mitos: "¡No mires atrás! Si lo haces, serás destruido". Hace un cuerpo que no puede mirar atrás (a la mente) sino solo hacia adelante (al mundo), y nuestro deseo de auto-conservación nos hace identificarnos con el cuerpo, sin querer nunca abandonarlo. Aunque incluso apreciamos en secreto la muerte porque la mente del ego con su sistema de pensamiento del pecado, la culpa y el miedo sigue vivo, el cuerpo, al no ser nada, no muere – ¿cómo puede la nada vivir o morir? La trinidad impía del ego que dio origen a toda experiencia corporal continúa hasta que tus pensamientos cambian, lo cual sucede solo cuando los miramos con el amor sin prejuicios de Jesús a nuestro lado. (IX.8:3) En lugar de eso, te insta a que contemples a tus hermanos y veas la culpabilidad en ellos. Esta oración simple y clara es difícil de ignorar. El ego nos dice que nuestra culpa es tan abominable que forzosamente debemos proyectarla en los demás y verla en ellos y no en nosotros mismos. De ahí nuestra necesidad del mundo y de los fragmentos separados que se convierten en objetos adecuados sobre los que la proyección puede tejer sus odiosas hebras de salvación. (IX.8:4-5) Mas no puedes hacer esto sin condenarte a seguir estando ciego, pues aquellos que ven a sus hermanos en las tinieblas, y los declaran culpables en las tinieblas en las que los envuelven, tienen demasiado miedo de mirar a la luz interna.

El propósito del mundo es permitirnos proyectar nuestra culpa en ciertas figuras para que nunca sepamos que proviene de la mente, cegándonos así a su presencia. Sin embargo, la culpa, como hemos visto, también nos ciega a Dios, ya que no sabe nada sobre Él y Su Amor. Podemos ver fácilmente el brillo de esta estrategia y lo bien que ha funcionado como defensa. Casi nadie tiene idea del plan del ego, es por eso que necesitamos Un Curso de Milagros para que nos lo señale. El Curso no solo nos dice que el mundo es una ilusión, la proyección de un pensamiento ilusorio, también nos dice por qué es así. Motivados por el miedo a la luz interior, en la que no se puede preservar la oscuridad del ser del ego, nos encanta juzgar e inventar problemas donde no existen. Todo esto sirve para mantener la mirada fija en lo externo, asegurándonos de que nunca volvamos a la mente tomadora de decisiones para elegir la luz de la Expiación como nuestra verdad. (IX.8:13) Contempla, pues, la luz que Él puso dentro de ti, y date cuenta de que lo que temías encontrar ahí, ha sido reemplazado por el amor. Comenzamos el proceso de mirar hacia adentro mirando primero las proyecciones que colocamos sobre los demás. Siguiendo la amable guía de Jesús, podemos completar nuestro regreso a la mente y aprender con alegría la lección de la Expiación de que la culpa y el miedo no tienen efecto sobre el amor, ni tampoco el pensamiento original de separación. ¡No pasó nada! A continuación, se resume acertadamente el proceso de mirar una vez que devolvemos nuestras proyecciones a la mente que es su fuente: (X.8:3-6) El Hijo de Dios cree estar perdido en la culpabilidad, solo en

un mundo tenebroso donde el dolor le acosa por todas partes desde el exterior. Cuando haya mirado en su interior y haya visto la radiante luz que allí se encuentra, recordará cuánto lo ama su Padre. Y le parecerá increíble que jamás hubiese podido pensar que su Padre no le amaba y que lo condenaba. En el momento en que te des cuenta de que

la culpabilidad es una locura totalmente injustificada y sin ninguna razón de ser, no tendrás miedo de contemplar la Expiación y de aceptarla totalmente.

Volviendo nuestra atención de "afuera" a "adentro", nos damos cuenta de

que el dolor no nos presiona desde el mundo, sino de la decisión de la mente por la culpa. Al mirar la culpa, nos damos cuenta de que es "una locura totalmente injustificada y sin ninguna razón de ser", y elegimos el

resplandor de la Expiación en lugar de la oscuridad de la separación.

Nuestro miedo a un Dios que no ama y que condena se disuelve en el Amor

que nunca dejó de abrazarnos como a Sí Mismo. Jesús continúa animándonos a mirar hacia adentro a la simple y hermosa verdad que él nos

enseña:

(X.9:4-9) La perfecta pureza en la que fuiste creado se encuentra dentro de ti en paz radiante. No temas mirar a la excelsa verdad que mora en ti. Mira a través de la nube de culpabilidad que empaña tu visión, más allá de la oscuridad, hasta el santo lugar donde verás la luz. El altar de tu Padre es tan puro como Aquel que lo elevó hasta Sí Mismo. Nada puede impedir que veas lo que Cristo quiere que veas. Su Voluntad es como la de Su Padre, y Él es misericordioso con todas las criaturas de Dios, tal como quisiera que tú lo fueses.

El feliz resultado de este proceso de volver a la mente tomadora de decisiones es el amor y la miseri-cordia – es decir, el perdón – que se extiende a través de nosotros a "todas las criaturas de Dios", sin excepción.

Viendo a través de las nubes de culpa que empañaron nuestra visión, miramos al altar unificado al único Hijo de Dios que está en cada fragmento

aparentemente separado de la Filiación. La santidad de cada Hijo es la de

todos los Hijos; la decisión de una mente de ser sanada de la culpa sana

todas las mentes. La luz de la Expiación brilla por igual en todos, y ¿dónde

se encuentra la culpa cuando la separación se ha disuelto en la radiante

visión de Cristo?

Este proceso de obtener acceso a la visión que está en cada uno de nosotros

es el tema de nuestro próximo grupo de pasajes. Como veremos, la palabra

perdón no se usa, pero este es el tema de Jesús. Él nos está enseñando que,

si realmente queremos perdonar, debemos abrazar a todas las personas.

Vimos en algunos de los pasajes anteriores que las relaciones especiales

significan exclusión. Ahora veremos la respuesta del Espíritu Santo, que es

que nuestro amor debe ser todo-inclusivo, de lo contrario no es amor. Del

mismo modo, para que haya verdadera paz, la cual procede solo de la paz

interior, nuestra percepción de ganadores y perdedores, vencedores y vencidos, fuertes y débiles, debe ser sanada para que podamos abrazar a los

Hijos de Dios como uno solo, el sello distintivo de la santa visión de Cristo.

Perdón.

(III.8:4-7) Encontrarás ese lugar donde mora la verdad a medida que lo veas en tus hermanos, que si bien pueden engañarse a sí mismos, anhelan, al igual que tú, la grandeza que se encuentra en ellos. Y al percibirla le darás la bienvenida y dispondrás de ella, pues la grandeza es el derecho del Hijo de Dios y no hay ilusión que pueda satisfacerle o impedirle ser lo que él es. Lo único que es real es su amor, y lo único que puede satisfacerle es su realidad.

Todos somos iguales en que creemos en las mentiras del ego, comprando el

auto-engaño del especialismo al mismo tiempo, y anhelando la grandeza de

Quienes somos como Cristo. Al recordar nuestro Ser – el Hijo único de Dios – como seguramente haremos cuando perdonemos, nos será inconcebible el cómo decidimos conformarnos con un amor menos que perfecto. Ver más allá de las ilusiones del ego de separación hacia la verdad

en otro es la forma en que recordamos la realidad que compartimos con toda la creación de Dios.

(III.9:1-2) Sálvate de sus ilusiones para que puedas aceptar la magnificencia de tu Padre jubilosa-mente y en paz. Mas no excluyas a nadie de tu amor, o, de lo contrario, estarás ocultando un tenebroso lugar de tu mente donde se le niega la bienvenida al Espíritu Santo. Comprender la proyección aclara el pasaje anterior, lo cual es obligatorio si

vamos a tener éxito con este curso. El significado último de proyección,

según Un Curso de Milagros, es que no hay nada fuera de nosotros excepto

lo que ponemos ahí. Todo lo que vemos con los ojos de nuestro cuerpo es

nada más que un desplazamiento de pensamientos que nuestra mente ha

elegido. Si decimos, "Aquí está la Filiación: aquellos a quienes amo y con

quienes me identifico, y aquellos a quienes odio que merecen ser castigados", reconocemos que la división que percibimos en la Filiación

es una proyección de la división que hemos hecho realidad en nuestras mentes. Al percibir que ciertos Hijos de Dios están más allá de la redención,

lo estamos diciendo acerca de nosotros mismos. En otras palabras, hay piedras angulares tenebrosas de culpa en la mente que dicen que, como

traicionamos a Dios y destruimos Su Cielo, somos la morada del mal, de las

tinieblas y del pecado, los malhechores originales que deben ser llevados

ante la justicia y ser destruidos. Sin embargo, en lugar de mirar dentro y ver

la horrible culpa que, de hecho, la proyectamos y la vemos en otros,

ocasionamos que la aceptación de la magnificencia del único Hijo de Dios sea una imposibilidad.

Proyectamos nuestra culpa continuamente – en casa, en el trabajo, en todas

partes. Hay personas que nos gustan y otras que despreciamos.

Ciertamente

todos tenemos nuestras preferencias, pero cuando las justificamos se convierten en inversiones en el especialismo. Esto se convierte en un problema porque habremos interpretado la separación que nuestros ojos

ven como un hecho, racionalizando esta interpretación y actuando en consecuencia. Es imperativo que entendamos que la proyección da lugar a

la percepción: todo lo que percibimos es una proyección de la mente, una

piedra angular de la culpa que no queremos ver, lo que significa que no

queremos que se disipe. En lugar de mirar hacia dentro, lo que automáticamente curaría la culpa que se conserva al no verla, la proyectamos. Eximimos a ciertas personas de nuestro amor porque creemos

que el mal está afuera, sin ver nunca el mal que secretamente creemos que

está dentro de nosotros.

La practicidad de este curso reside en nuestro vivir sin culpa.

Necesitamos

ser honestos con nosotros mismos y decir: “Sí, esto es lo que estoy haciendo. Hay partes especiales de la Filiación de las que quiero excluir el

amor”. Esto no significa que tengamos que pasar tiempo con todos – hablamos solo de contenido, no de forma – sino simplemente que todos son

parte de nuestro amor, o nadie lo es. Necesitamos recordar, para decir esto

nuevamente, que no hay persona o cosa fuera de nosotros excepto lo que

ponemos allí. Proyectamos la culpa porque no queremos que la mente sea

sanada. Nuestra locura perversa exige que deseemos el ego, y que su

sistema de pensamiento de separación permanezca para siempre, con otro

pagando el precio por nuestro pecado.

(III.9:3-4) Y de este modo te excluirías a ti mismo de Su poder sanador, pues al no ofrecer amor total no podrás sanar completamente. La curación tiene que ser tan completa como el miedo, pues el amor no puede entrar allí donde hay un solo ápice de dolor que malogre su bienvenida.

Esto prefigura la línea al final del texto: "... ni queda una sola mota de oscuridad que pudiese ocultarle a nadie la faz de Cristo" (T-31.VIII.12:5).

El amor es perfecta Unidad y totalidad. Si solo amamos ciertas partes de la

Filiación y no a todas, estamos usando las motas de miedo y culpa del ego

para excluir el recuerdo del amor del Cielo que Jesús tiene para nosotros en

nuestra mente correcta. La proyección da lugar a la percepción: lo que percibimos en el exterior es la proyección de lo que percibimos por primera

vez en el interior. Si miramos dentro y vemos el pecado y la culpa, no podemos sino negar la faz de Cristo (es decir, la verdadera faz de la inocencia) en todos nuestros hermanos. Este tema central se repite siete

secciones más adelante, en refutación directa a la llamada al especialismo

del ego:

(X.11:1-4) No puedes entablar ninguna relación real con ninguno de los Hijos de Dios a menos que los ames a todos, y que los ames por igual.

El

amor no hace excepciones. Si otorgas tu amor a una sola parte de la Filiación exclusivamente, estarás sembrando culpabilidad en todas tus relaciones y haciendo que sean irreales. Sólo puedes amar tal como Dios ama.

Dios ama con perfecta unidad, sin exclusión, porque no hay un ser separado

en el Cielo para excluirlo. Una vez más, Jesús nos está hablando en el sueño

sobre el contenido y no sobre la forma, sobre el pensamiento de la mente y

no sobre el comportamiento del cuerpo. Debido a que el Hijo de Dios es uno, elegir la culpa para nosotros mismos significa elegirla para todos los Hijos de Dios, transformando la relación santa inherente entre ellos en relaciones especiales, en donde el amor es deliberadamente excluido por nuestro loco aprecio por el pensamiento de separación del ego. (X.11:5) No intentes amar de forma diferente de cómo Él lo hace, pues no hay amor aparte del Suyo. La lección del libro de ejercicios "No hay otro amor que el de Dios" (Lpl.127) también hace este punto. En este punto de nuestro camino, dado nuestro miedo, no podemos amar como Dios, pero ese es el ideal al que Jesús nos lleva: que nuestro amor abrace a todas las personas, como lo hizo el suyo. Por cierto, así es como sabemos que los evangelios fueron escritos sobre una imagen proyectada de Jesús, porque está claro que la figura bíblica no ama a todas las personas, a pesar de algunas de sus palabras. Una lectura cuidadosa de los textos bíblicos revela a un hombre hecho a imagen y semejanza de un amor especial, porque ama solo a ciertas personas y grupos, no a todos. Amar sin exclusión es muy difícil, por decir lo mínimo, y no necesitamos justificar, espiritualizar o negar nuestro miedo al amor, ni sentirnos culpables. Un simple reconocimiento de nuestra actitud defensiva ayuda a llevar la oscuridad de este temor a la luz perdonadora de Jesús. Miramos con ojos abiertos e indefensos nuestro abrazo al ego, y le decimos a Jesús: "Tengo demasiado miedo de amar como tú, porque una parte de mí cree que voy a perder mi yo especial". La "pequeña dosis de buena voluntad" para

expresar nuestra resistencia al amor es todo lo que se necesita de nosotros para que seamos sanados.

(X.11:6-7) Hasta que no reconozcas que esto es verdad, no tendrás idea de lo que es el amor. Nadie que condena a un hermano puede considerarse inocente o que mora en la paz de Dios.

Como no queremos ser inocentes y estar en la paz de Dios, nos enojamos.

Como dice el manual, la ira es como un velo que cae sobre la faz de la paz de Dios, bloqueando toda conciencia de ella (M-20.3-4). Y entonces condenamos, necesitando chivos expiatorios para ser los destinatarios de nuestras proyecciones. Esto confirma la realidad de la culpa, la cual permanece en nuestra mente, aunque no nos demos cuenta. No se gana nada entonces, excepto la ilusión, la creencia mágica de que nos hemos librado de nuestra culpa. Así, buscando justificar nuestros pensamientos de ataque, buscamos a otros – docenas, cientos o cientos de miles – que estén de acuerdo con nuestro juicio sobre los malhechores, sintiéndonos siempre a salvo de que la culpa en nuestras mentes nunca tendrá que ser mirada. De hecho, nosotros pensaríamos: “¿Qué culpa, qué mente? El problema está en ellos, no en nosotros”. Y aquellos con los que nos unimos para atacar a los demás se convierten en nuestros socios en el amor, los aliados especiales en la guerra contra Dios. Por lo tanto, Jesús nos insta a reconsiderar nuestras creencias y reconocer que el amor solo se puede encontrar dentro, donde la Filiación está unida cual una sola. Como leeremos en algunos capítulos más adelante: “Las mentes están unidas; los cuerpos no” (T-18.VI.3:1).

Jesús ahora nos exhorta a llamar a todos nuestros hermanos, en recordación de la unidad del inocente Hijo de Dios:
(VI.8:2-7) Extiéndele tu mano a todos tus hermanos, e infúndelos con el

toque de Cristo. En tu eterna unión con ellos reside tu continuidad, ininterrumpida porque la compartes plenamente. El inocente Hijo de Dios es únicamente luz. En él no hay oscuridad, pues goza de plenitud.

Exhorta a todos tus hermanos a que den testimonio de la plenitud del Hijo de Dios, del mismo modo en que yo te exhorto a que te unas a mí. Cada voz es parte del himno redentor: el himno de alegría y agradecimiento por la luz al Creador de la luz.

La clave de este inspirador pasaje es que es de total-inclusividad.

Palabras

como todos, unión, continuidad, ininterrumpida, plenamente y plenitud reflejan el mensaje inequívoco de Jesús de que debemos perdonar a todos y

cada uno de los miembros de la Filiación sin ninguna exclusión – perdonar

a uno es perdonar a todos, al igual que atacar a uno es atacar a todos.

La luz

es total, como lo es la oscuridad, y la culpa no tiene lugar en la Filiación

que Dios creó una con Él. Las palabras amorosas de Jesús nos piden que

amemos como él ama, llamando a nuestros hermanos a recordar la luz a la

que él nos llama.

La súplica rapsódica de nuestro maestro continúa, a que compartamos su

visión de la luz todo-inclusiva de Cristo:

(VI.10:1-6) Criatura de la luz, no sabes que la luz está en ti. Sin embargo, la encontrarás a través de sus testigos, pues al haberles dado

luz, ellos te la devolverán. Cada hermano que contemples en la luz hará

que seas más consciente de tu propia luz. El amor siempre conduce al amor. Los enfermos, que imploran amor, se sienten agradecidos por él,

y en su alegría resplandecen con santo agradeci-miento. Y eso es lo que te ofrecen a ti que les brindaste dicha.

Dado que desconocemos nuestras mentes errada y correcta, nos damos cuenta de su presencia al ver nuestras proyecciones o extensiones. Al aprender a mirar más allá de nuestras proyecciones de culpa, podemos ver a nuestros hermanos en la luz, reconociendo así su extensión desde la luz interior: el amor se llama a sí mismo, desde sí mismo, siendo él mismo – la esencia del perdón. Al retirar nuestras proyecciones del mundo, permitimos que la mente elija nuevamente, eligiendo la luz en lugar de la oscuridad, el amor en lugar del odio y la unión en lugar de la separación. Esta es la elección que sana, porque al deshacer la enfermedad de la culpa, liberamos a nuestros hermanos y a nosotros mismos, dejando nuestras mentes unidas en un gozoso estado de paz y gratitud.

(IX.5) No lo condenes por su culpabilidad, pues su culpabilidad reside en el pensamiento secreto de que él te ha hecho lo mismo a ti. ¿Le enseñarías entonces que su desvarío es real? La idea de que el inocente Hijo de Dios puede atacarse a sí mismo y declararse culpable es una locura. No creas esto de nadie, en ninguna forma, pues la condenación y el pecado son lo mismo, y creer en uno es tener fe en el otro, lo cual invita al castigo en lugar de al amor. Nada puede justificar la demencia, y pedir que se te castigue no puede sino ser una locura.

Ésta es nuestra elección: hacer a otro culpable reforzando así nuestra propia culpa, o perdonar y reconocer que somos perdonados. Nunca puede ser que nosotros y nuestros hermanos seamos diferentes. Estamos todos locos, porque compartimos la creencia de la mentalidad-errada de que atacamos a Dios y merecemos Su iracundo castigo. También compartimos el

pensamiento cuerdo de la Expiación. La elección es nuestra: pecado o perdón, aprisionamiento o libertad. Como nadie en su mente correcta podría

optar por creer en las mentiras llenas de culpa y condena del ego, necesitamos un maestro que nos lleve de la locura a la cordura. El perdón

de nuestro hermano es el medio de Jesús para enseñarnos la lección de la

Expiación sobre la imposibilidad del pecado. Al mismo tiempo que perdonamos a nuestro hermano, nos perdonamos a nosotros mismos por lo

que nunca sucedió.

(IX.6:1-8) Por consiguiente, no consideres a nadie culpable y te estarás afirmando a ti mismo la verdad de tu inocencia. Cada vez que condenas

al Hijo de Dios te convences a ti mismo de tu propia culpabilidad. Si quieres que el Espíritu Santo te libere de ella, acepta Su oferta de Expiación para todos tus hermanos. Pues así es como aprendes que es verdad para ti. Nunca te olvides de que es imposible condenar al Hijo de Dios parcialmente. Los que consideras culpables se convierten en los

testigos de tu culpabilidad, y es en ti donde la verás, pues estará ahí hasta que sea des-hecha. La culpabilidad se encuentra siempre en tu mente, la cual se ha condenado a sí misma. No sigas proyectando culpabilidad, pues mientras lo hagas no podrá ser deshecha.

Jesús vuelve de nuevo a su tema central: perdonamos a todos los hermanos

o no perdonamos a ninguno. En efecto, sin este tema nuestra sinfonía se

disolvería, porque la total-inclusividad de la Expiación es la clave del mensaje del curso. Así nos enseña Jesús: "Es imposible condenar al Hijo de

Dios parcial-mente". Si juzgamos a una persona, debemos juzgarlos a todos

– ¡incluido Jesús! – porque no estamos viendo al Hijo de Dios como uno. Esto refleja la culpa por la separación y posterior fragmentación que albergamos dentro, por eso es tan esencial que miremos la culpa en nuestras

mentes. Cuando no lo hacemos, la esencia de la represión, la proyectaremos

inevitablemente, cerrando nuestra conciencia, ya que la culpa ahora es percibida en el cuerpo (el nuestro o el de otro) y no en la mente. Ese es el

significado de la línea en el libro de ejercicios, “Dicho pensamiento [que no

perdona] protege la proyección...” (L-PII.1.2:3). La falta de perdón asegura

que la culpa de la mente nunca se deshará, porque nuestra experiencia de

ser criaturas sin mente es reforzada y preservada, colocando al sistema de

pensamiento del ego más allá de cualquier esperanza de corrección.

El milagro – El instante santo – El sueño feliz.

El milagro es el nombre del Curso para el proceso del perdón, nuestra elección de los sueños felices que nos permiten abandonar el ego.

Hemos

discutido brevemente cómo el ego usa el tiempo para mantener el pasado, el

presente y el futuro como uno, arraigándolos firmemente en nuestra creencia en la realidad de la culpa. Volvemos a esta idea clave en el contexto del instante santo, que deshace este aspecto aprisionador del tiempo:

(IV.7:1-4) Es evidente que la percepción que el Espíritu Santo tiene del tiempo es exactamente la opuesta a la del ego. La razón de ello es igualmente clara, pues la percepción que ambos tienen del propósito del tiempo es diametralmente opuesta. Para el Espíritu Santo el propósito del tiempo es que éste finalmente se haga innecesario. El Espíritu Santo considera que la función del tiempo es temporal, al estar únicamente al servicio de Su función docente, que, por definición, es temporal.

Para el ego, el tiempo es un aliado importante en su guerra contra el Hijo de

Dios. Habiendo hecho primero reales el pecado, la culpa y el miedo, los proyecta desde la mente para dar lugar al mundo del tiempo – pasado, presente y futuro – en el que nos arraiga, negando todo recuerdo de la mente y su decisión por el ego. El Espíritu Santo, por otro lado, usa el tiempo como un medio para traernos de regreso a la mente, donde podemos

elegir terminar con el gobierno del ego para siempre. De esta manera, el

mundo de la temporalidad se vuelve temporal (para disfrutar del juego de palabras), un medio para llevarnos a la eternidad.

(IV.7:5-7) Hace hincapié, por lo tanto, en el único aspecto del tiempo que se puede extender hasta el infinito, ya que el ahora es lo que más se

aproxima a la eternidad en este mundo. En la realidad del “ahora” sin pasado ni futuro, es donde se puede empezar a apreciar lo que es la eternidad. Pues sólo el “ahora” está aquí, y sólo el “ahora” ofrece las oportunidades de los encuentros santos en los que se puede encontrar la salvación.

El ahora es el instante santo, en el que el tomador de decisiones de la mente

elige en contra de la trinidad impía del ego, la base de todos los tiempos.

Liberados de este terrible yugo, nuestras mentes son libres de elegir el Amor atemporal del Espíritu Santo que se refleja en las expresiones diarias

del perdón. Estos "encuentros santos en los que se puede encontrar la salvación" son los precursores de nuestro recuerdo del eterno e infinito Amor de nuestra Fuente.

(VI.4:8) Sin embargo, al hacer eso [seguir la guía del ego] estás alineando el pasado con el futuro, y no estás permitiendo que el milagro, que podría intervenir entre ellos, te libere para que puedas renacer.

Esta no es la primera vez que Jesús habla de "renacer" (la conocida frase del

evangelio de Juan 3:3,7), un concepto que se usa aquí de manera muy diferente de su uso más convencional por fundamentalistas o evangélicos.

Renacer es un proceso. Miramos el primer nacimiento al haber elegido el

ego, dándonos cuenta del error de haber hecho real la culpa, una decisión

que el tiempo atrapó en las cadenas de proyección. Reconociendo ahora lo

infelices que nos ha hecho nuestra elección, elegimos el milagro y "renacemos". Debemos señalar que, aunque el tiempo es inherentemente

no-lineal, es tratado linealmente aquí para describir el proceso de cambio en términos que reflejan nuestra experiencia de vivir en el mundo temporal como cuerpos.

(VI.5:1-4) El milagro te permite ver a tu hermano libre de pasado, y así te permite percibirlo como que ha renacido. Sus errores se encuentran en el pasado, y al percibirlo sin ellos lo liberas. Y puesto que su pasado es también el tuyo, compartes esa liberación. No permitas que ninguna sombra tenebrosa de tu pasado lo oculte de tu vista, pues la verdad se encuentra solamente en el presente, y si la buscas ahí, la encontrarás. Aquí vemos nuevamente el tema de buscar y hallar. Hemos tomado la tenebrosa nube de culpa de la mente que dice que pecamos en el pasado y la

proyectamos en otros, acusándolos por sus pecados pasados. Esto permite

que nos sintamos justificados en nuestro odio y en evitar estar en la presencia cargada de pecado de nuestro hermano, diciendo: "Mira lo que tú

has hecho. ¡Mereces ser condenado al ostracismo y castigado!" Nunca decimos: "Mira lo que yo he hecho". El milagro corrige esta locura, ayudándonos a encontrar la inocencia que realmente buscamos, mirando

más allá de los "pecados" de nuestro hermano hacia la verdad reflejada del

Cristo que compartimos.

(VI.5:5-7) La has buscado [a la verdad] donde no está, y, por lo tanto, no has podido encontrarla. Aprende, pues, a buscarla donde está, y ella

alboreará ante los ojos que ven. Tu pasado fue engendrado con ira, y si te vales de él para atacar el presente, serás incapaz de ver la liberación

que éste te ofrece.

Aunque el término no se usa hasta el Capítulo 15, Jesús está describiendo el

instante santo, en el que elegimos el Espíritu Santo en lugar del ego.

Esto

nos libera de la prisión del pasado, presente y futuro – separación e ira – y

nos permite encontrar la verdad presente en la Expiación y el perdón.

(X.5:1-2) Resuélvete, por consiguiente, a dejar de ser como has sido.

No

te valgas de ninguna relación para aferrarte al pasado, sino que vuelva a nacer cada día con cada una de ellas.

Jesús nos está diciendo: "Practica el perdón todos los días y mira cómo usas

equivocadamente a tus hermanos, y luego elige de nuevo. Al elegir la relación santa sobre la especial, el pasado desaparecerá y

verdaderamente

nacerás de nuevo".

(X.5:3-5) Un minuto, o incluso menos, será suficiente para que te liberes del pasado y le entregues tu mente a la Expiación en paz.

Cuando les puedas dar la bienvenida a todos, tal como quisieras que tu Padre te la diese a ti, dejarás de ver culpabilidad en ti mismo. Pues habrás aceptado la Expiación, la cual seguía refulgiendo en tu interior mientras soñabas con la culpabilidad, si bien no la veías porque no buscabas dentro de ti.

La culpa es lo que esconde la Expiación, porque al creer que la culpa es real

en el mundo y que los pecados pasados de la gente merecen castigo, preservamos el sistema de pensamiento de separación del ego.

Repetidamente hemos llamado la atención sobre el énfasis de Jesús en el

propósito. Es fundamental que entendamos que el propósito de la culpa y el

ataque es mantener alejado el amor, porque solo entonces estaremos motivados a tomar otra decisión, aprendiendo que nunca encontraremos el

amor en el mundo del ego. Por eso el perdón ("una forma terrenal de amor"

[L-pl.186.14:2]) debe ser el objeto de nuestro esfuerzo. Debemos reconocer

por qué estamos tan motivados para juzgar y castigar, segregando a las

personas en grupos superiores e inferiores, y buscando el amor especial en

lugar del amor real. Una vez que entendemos el costo – para nosotros – de

la exclusión a expensas de la total-inclusividad del Espíritu Santo, seguramente elegiremos de nuevo.

Este mismo tema se repite en el contexto del sueño feliz, la primera vez en nuestra sinfonía que este aparece el concepto. El cuadro de la mentalidad correcta contiene una serie de palabras, perdón, instante santo, relación santa, sueño feliz, etc., que son virtualmente sinónimos, y muchos aparecen en este capítulo.

(VII.9:1) Primero soñarás con la paz, y luego despertarás a ella. Mucho más adelante se nos enseña (T-27.VII.13) que el Espíritu Santo no nos despierta de repente. El miedo de perder nuestro yo individual es tan grande que el viaje no puede pasar directamente de las pesadillas a la realidad. Nosotros necesitamos pasos pequeños y suaves – los sueños felices que surgen en la mente tomadora de decisiones cuando ésta elige al Maestro correcto – los que damos pacíficamente en nuestra práctica diaria del perdón. Esto nos asegura de que no seremos abrumados por el horror de nuestra culpa, ni que entremos en pánico por la gloriosa naturaleza de la unidad perfecta del amor en la que no puede existir ningún especialismo.

(VII.9:2-6) Tu primer intercambio de lo que has hecho por lo que realmente deseas en el intercambio de las pesadillas por los sueños felices de amor. En ellos se encuentran tus verdaderas percepciones, pues el Espíritu Santo corrige el mundo de los sueños, en el que reside toda percepción. El conocimiento no necesita corrección. Con todo, los sueños de amor conducen al conocimiento. En ellos no ves nada temible, y por esa razón constituyen la bienvenida que le ofreces al conocimiento.

Al hablar de sueños felices, Jesús no se refiere a lo externo. No se trata de vivir más feliz en el mundo. Los sueños felices ocurren solo en la mente porque no existe nada más que la mente. Ellos corrigen las terribles pesadillas del ego sobre el pecado, la culpa, el odio y el sufrimiento, expresando el instante santo en el que elegimos el perdón en lugar del

ataque. Al decidirnos por el milagro, reconocemos que el problema en nuestras relaciones somos nosotros, no otros; es la culpa que ponemos en el mundo lo que es el problema, independientemente de lo que hicieron o no hicieron. Este instante, nuevamente, es el sueño feliz, la percepción sanada que es el medio para alcanzar nuestro objetivo: el mundo real que es la transición de los sueños de perdón al despertar al mundo del conocimiento de Dios.

(VII.9:7-8) El amor espera la bienvenida, pero no en el tiempo, y el mundo real no es sino tu bien-venida a lo que siempre fue. Por lo tanto, la llamada al júbilo se encuentra en él, y tu gozosa respuesta es tu despertar a lo que nunca perdiste.

En verdad, no hay nada que hacer en el mundo, porque la decisión por el

amor se toma únicamente en la mente que está fuera del tiempo. Así, el

milagro, el instante santo y el sueño feliz también están fuera del tiempo. La

razón por la que experimentamos el proceso de elegir el amor como algo

que requiere mucho tiempo y esfuerzo es que despertar del sueño de la

individualidad no es un pensamiento feliz: no queremos despertar a una

realidad en la que este yo, no existe. Debemos ir despacio para que el proceso de despertar sea una experiencia verdaderamente alegre.

Como

Jesús nos dirá, cuando finalmente crucemos al mundo real (él no quiere

decir al morir, por cierto), "¡Y pensarás, con feliz asombro, que a cambio de

todo esto renunciaste a lo que no era nada!" (T-16.VI.11:4). De este lado del

puente percibimos el proceso del perdón como el abandono de todo, porque

es el abandono de nosotros mismos. Dejando de lado por el momento la necesidad de liberar nuestras ilusiones, sueños y valores, el mundo real requiere dejar ir el mayor valor de todos: nuestro singular yo especial. Por lo tanto, debemos reconocer quiénes creemos que somos, y entonces veremos que realmente no sacrificamos nada. La esencia de nuestra identidad es esta horrible experiencia de culpa, el cieno negro del helado pensamiento de que destruimos a Dios. Debemos darnos cuenta de que esto es lo que estamos perdiendo. Como Lady Macbeth, tratamos desesperadamente de cubrir nuestro hedor con varios perfumes y fragancias – literal y figurativamente – ¡sin embargo, nuestro pecado huele horrible! Este olor pútrido es nuestra identidad, y el mundo fue hecho para ocultar el pensamiento aterrador de que somos nosotros los que destruimos el Cielo. Imagina la enormidad de esta creencia y la carga que nos impone. El mundo parece aliviar la carga porque coloca la culpa sobre los demás, comenzando por nuestros padres, dejándonos como niños indefensos e inocentes. Al identificarnos con la aparente inocencia de los bebés, no queremos ver el horror de lo que acecha bajo la superficie de estos "inocentes" hasta que llegan a los "terribles dos", y luego su egoísmo voluntario se convierte en demasiado evidente. Dado que el mundo real es algo a lo que debemos dar la bienvenida y realmente desear, necesitamos los pequeños pasos del instante santo para elegir el milagro que conduce a los sueños felices. El mundo real es el penúltimo paso de este proceso, que culmina en el "último paso" de Dios en

el que el ego y su mundo desaparecen enteramente. El Capítulo 13 presenta nuestra primera discusión en profundidad del mundo real, y ahora pasamos a algunos pasajes descriptivos de esta maravillosa fase de nuestro viaje.

El mundo real.

Comenzamos con una frase que se repite en una forma ligeramente diferente en la hermosa lección del libro de ejercicios, "Siento el Amor de

Dios dentro de mí ahora" (L-pl.189):

(VI.11:1-4) Hay una luz que este mundo no puede dar. Mas tú puedes darla, tal como se te dio a ti. Y conforme la des, su resplandor te incitará a abandonar el mundo y a seguirla. Pues esta luz te atraerá como nada en este mundo puede hacerlo.

Esta luz y la atracción por ella están siempre dentro de nosotros.

Discutimos

antes la extraordinaria atracción por el Amor de Dios; y la casi tan extraordinaria que es nuestra defensa contra él. Felizmente, cuando relajamos la defensa y nos damos cuenta del amor que sacrificamos al adorar en el santuario ensangrenado del ego (L-III.12.4:2), el altar de la

culpa y el asesinato, nos sentimos cada vez más motivados a dejar ir el odio

y elegir el amor. La experiencia de la luz sigue automáticamente, y luego se

extiende a través de nosotros para abrazar a la Filiación como una, recordándole al Hijo de Dios que él es el Hijo de Dios.

(VI.11:5) Y tú desecharás este mundo y encontrarás otro.

Este otro mundo es el mundo real, el cual no se puede alcanzar sin antes

dejar de lado nuestro yo. Nuestra resistencia, nacida del miedo, es la causa

del tiempo que parece llevar este proceso. Sin embargo, al nosotros comprender cuán trivial es la culpa que hemos estado atesorando, y cuán

lamentable es el sustituto del gloriosamente inocente Ser que somos, el

tiempo se acorta considerablemente. ¿Quién, en presencia de la paz, elegiría

continuamente el conflicto?

(VI.11:6-9) Ese otro mundo resplandece con el amor que tú le has dado.

En él todo te recordará a tu Padre y a Su santo Hijo. La luz es ilimitada y se extiende por todo ese mundo con serena dicha. Todos aquellos que

trajiste contigo resplandecerán sobre ti, y tú resplandecerás sobre ellos con gratitud porque te trajeron hasta aquí.

Jesús se refiere a los encuentros santos y las oportunidades casi infinitas

que el mundo nos brinda. Todos, los que juzgamos como buenos y como

malos, son objetos adecuados para la proyección de nuestra culpa.

Estas

relaciones especiales de amor y odio se convierten en aulas de aprendizaje,

oportunidades para que miremos dentro y veamos la culpa, y así podamos

elegir la luz en su lugar. Y la luz que elegimos brilla en toda la mente del

Hijo de Dios, llamando a aquellos que todavía se sienten atraídos por la oscuridad, a elegir de nuevo.

(VI.11:10) Tu luz se unirá a la suya dando lugar a un poder tan irresistible que liberará de las tinieblas a los demás según tu mirada se pose sobre ellos.

La luz del perdón dentro de nosotros saca a otros de su oscuridad de culpa,

no por arte de magia, sino a través del milagro que llega a través de nosotros, llamando a la luz en la mente del Hijo de Dios, diciendo: "La luz

que he elegido es la misma luz que está en ti, la cual ahora puedes elegir".

No hacemos nada más; tampoco Jesús. Suya es la luz resplandeciente de la

mente que por su misma presencia nos llama y dice en las palabras que

mencionamos arriba: "La elección que hice también está dentro de ti.

Tómate tanto tiempo como tú quieras, pero ¿por qué esperar al Cielo?

¿Por

qué demorar en dejar ir esta miseria cuando puedes tener la paz de Dios para siempre?

Veamos ahora el comienzo de la sección, "La consecución del mundo real":

(VII.1:1-7) Siéntate sosegadamente, y mientras contemplas el mundo que ves, repite para tus adentros: "El mundo real no es así. En él no hay edificios ni calles por donde todo el mundo camina solo y separado.

En él no hay tiendas donde la gente compra una infinidad de cosas innecesarias. No está iluminado por luces artificiales, ni la noche desciende sobre él. No tiene días radiantes que luego se nublan. En el mundo real nadie sufre pérdidas de ninguna clase. En él todo resplandece, y resplandece eternamente".

El mundo que vemos es uno de formas separadas, realidades diferenciadas

que son iluminadas por luz que incluye no solo bombillas eléctricas, sino el

sol mismo – ninguna de las cuales es real porque nada en el universo es

inmutable o eterno. El mundo real es el estado mental en el que finalmente

sabemos, no sólo intelectual sino experimentalmente, que estamos fuera del

sueño del ego de necesidades especiales y de relaciones especiales, habiendo elegido la Expiación en su lugar. El sistema de pensamiento del

ego desaparecerá, como lo hará la mente correcta, dejando sólo un instante

hasta que el ser que nunca fue se disuelva en el Ser que siempre ha sido.

El mundo real refleja la realidad de la Unidad del Cielo. En este estado bendito todo es uno, no en la sensación de que no hay yo – después de todo,

hay un yo que mira esto – sino un yo que ve la irrealidad del mundo, comprendiendo que el Hijo de Dios era uno en la locura como lo es en la

eterna cordura de Dios. Ésta es la expresión individual del Juicio Final. No

existe una verdadera separación aquí, y nosotros permanecemos hasta el

final del viaje sólo por un instante. Es fácil ver por qué esto es tan aterrador.

El yo ha desaparecido como una entidad independiente y separada, una

existencia que estaba en su hogar en el mundo ilusorio de separación y

culpa, pero que no tiene lugar en el reflejo de la Totalidad del Cielo.

(VII.2:1) Tienes que negar el mundo que ves, pues verlo te impide tener

otro tipo de visión.

En el Capítulo 12 hablamos de negar la negación de la verdad (T-12.II.1:5).

El mundo niega la verdad y, por lo tanto, debe ser negado, no en el sentido

de represión impulsada por el miedo, sino reconociendo el simple hecho de

su naturaleza ilusoria. Como nuestro maestro, Jesús debe motivarnos a comprender lo que estamos perdiendo al elegir el mundo de la culpa, descrito al principio de este capítulo. "¿Es este el mundo lo que realmente

quieres?" pregunta, esperando que con nuestra respuesta le pidamos su

visión para reemplazar nuestra defectuosa percepción de la verdad.

(VII.2:2-4) No puedes ver ambos mundos, pues cada uno de ellos representa una manera de ver diferente, y depende de lo que tienes en gran estima. La negación de uno de ellos hace posible la visión del otro.

Los dos no pueden ser verdad; no obstante, cualquiera de ellos te parecerá tan real como el valor que le atribuyas.

¿Apreciamos la culpa que proviene de nuestra individualidad o la Expiación

que proviene de la viviente Unidad de Dios? Recuerda, el mundo no tiene

realidad fuera de la creencia de nuestra mente en él. Cuando nosotros retiramos esta creencia, el mundo desaparece, como lo hace el sistema de

pensamiento que fue su origen. La elección del maestro de la mente

determina el mundo que deseamos percibir, uno de visión o uno de juicio: la proyección da lugar a la percepción.
(VII.2:5) Su poder, sin embargo, no es idéntico porque la verdadera atracción que ejercen sobre ti no es igual.
La inversión que tenemos en nuestro yo especial no equivale a la tremenda atracción del Amor por el Amor: el Amor de Cristo por Su Padre y el Amor del Padre por Su Hijo. Hemos gastado una enorme energía en aprender un sistema de pensamiento que nos dice que tenemos el poder de negar la atracción todopoderosa del amor. De hecho, cerca del final del texto, Jesús nos dice que nunca debemos dudar del poder de nuestra habilidad para el aprendizaje, porque solo tenemos que mirar lo que nos hemos enseñado a nosotros mismos: “Pues tu capacidad de aprender es tan grande que te ha enseñado cosas tan difíciles como que tu voluntad no es tu voluntad, que tus pensamientos no te pertenecen, e incluso, que no eres quién eres” (T31.1.3:6). Una vez más, a pesar de nuestra fuerte atracción por este sistema de pensamiento, no puede resistir el poder de la mente para elegir el Amor del Espíritu Santo que nos ayuda a desaprender todo lo que el ego nos ha enseñado.
(VII.4:1-4) El mundo real, por otra parte, tiene el poder de influenciarte incluso aquí porque lo amas. Y lo que pides con amor vendrá a ti. El amor siempre responde, pues es incapaz de negar una petición de ayuda, o de no oír los gritos de dolor que se elevan hasta él desde todos los rincones de este extraño mundo que construiste, pero que realmente no deseas.
Debemos estar dispuestos a aprender que el mundo que construimos es

falso y que es el depósito de todo el dolor y el sufrimiento; y sólo entonces desaparecerá porque se mantenía en su lugar por nuestro deseo, lo que nos llevó a nuestra creencia en su realidad. Si reconocemos lo que nos ha costado este deseo, fácilmente lo dejaremos ir. Y cuando lo hagamos, el mundo real que es la aceptación mental de la Expiación, podrá brillar, ya que su amor no puede ser contenido. En ese punto, como hemos visto, Dios se inclinará y nos elevará de regreso a Sí Mismo, terminando el mundo en una gozosa luz de gloria que disuelve suave-mente la oscuridad, devolviéndonos a Su Amor eterno.

Conclusión.

Cerramos con un párrafo que resume nuestra discusión de este capítulo y, en particular, lo que significa liberar nuestra culpa. Esto sigue a un párrafo que se refiere a nuestro "secreto por el que nos sentimos culpables" de que

hemos destruido el Cielo. Jesús luego dice:

(II.9) Criatura de Dios, eso no es así. Ese "secreto por el que te sientes culpable" no es nada, y si lo sacas a la luz, la Luz lo desvanecerá. No quedará entonces ninguna nube tenebrosa que pueda interponerse entre ti y el recuerdo de tu Padre, pues recordarás a Su inocente Hijo, que no murió porque es inmortal. Y te darás cuenta de que fuiste redimido junto con él y de que nunca has estado separado de él. El que puedas recordar depende de que comprendas esto, pues ello implica que has reconocido el amor sin miedo. Con ocasión de tu vuelta a casa se producirá un gran júbilo en el Cielo y el júbilo será tuyo. Pues el hijo redimido del hombre es el Hijo inocente de Dios, y reconocerlo es tu redención.

A Helen le encantaba el maravilloso giro de la frase en la última línea, que resume uno de los temas principales de nuestra sinfonía: hemos elegido ser el hijo culpable en la crucifixión, y solo cuando reconocemos a lo que nos

hemos rendido al elegir la culpa, haremos otra elección, dándonos cuenta de nuestra verdadera Identidad como el inocente Hijo de Dios. Esta es nuestra salvación, por eso Jesús nos la entona: "Pues el hijo redimido del hombre es el Hijo inocente de Dios, y reconocerlo es tu redención". Reconocemos que somos redimidos al redimir a todos aquellos a quienes les habíamos puesto la nube negra de la culpa. Como la luz detrás de los débiles velos de oscuridad del ego se libera del mundo, la alegría suprema reina dentro de la Filiación mientras nosotros, el amado Hijo de Dios, regresamos al hogar inmortal que nunca abando-namos.

Del libro "Viaje a través del Texto de UCDM" por el Dr. Kenneth Wapnick.

Traducción al Español por Daniel Bezveselny

Grupo de estudio en Telegram

Viaje a través del Texto de Un Curso de Milagros por Kenneth Wapnick.

.